

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.

EL CUENTO

"TAHITÍ" DE

IGNACIO XURXO

AÑO 3 | N° 30 | DICIEMBRE 2001 | PRECIO \$ 5 | <http://latido.terra.co>

ilusiones

SOÑALAS. CONCRETALAS

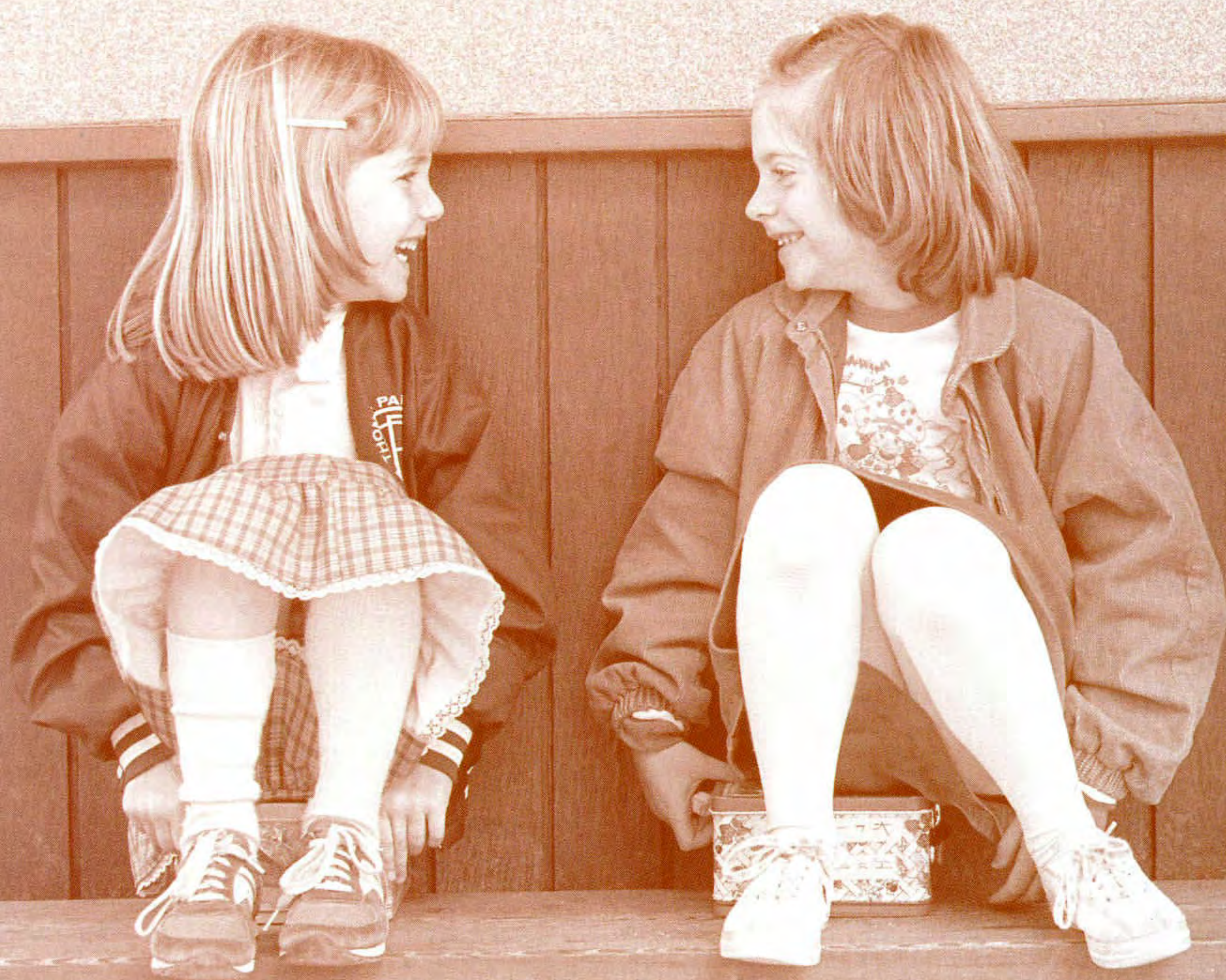


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ISSN 1514-4747



*De chicos guardábamos
lo que más queríamos
en una caja.*



De grandes también.



Caja de Seguros - Caja de Seguros de Vida
La Caja de Seguros de Retiro - La Caja ART - Instituto del Seguro de Misiones
www.lacaja.com.ar

Una gran compañía,
para la seguridad de la gente.



Daniel Ulanovsky Sack
Director

LA VARITA

*Se siente su presencia; lanza un ronroneo que persiste obstinadamente.
Es como un motor que cada uno tiene adentro y que fabrica
futuros —planes, ideas, absurdos, crecimientos—. Y que se empeña en no bajar su velocidad
de trabajo así le queden, apenas, unas gotas de combustible.*

*Algunos la sitúan en el cerebro, allí, cerca de los ojos,
para poder ver todo lo que pasa.*

Otros, al costado del corazón, para saber qué sentimos.

*Quizás ambas teorías estén en lo cierto: si se desmenuza un sueño,
encontramos grageas de emotividad y alguna dosis de razón.*

*Juntas se animan a buscar la salida del laberinto: no hay traza demasiado complicada
ni monstruo con fauces hambrientas que pueda impedirlo. Por eso esta noche,
cuando tomes una copa de vino, o mañana, cuando abras los ojos, dejate llevar por el deseo.
Ahí va a aparecer la magia que no te animás a pensar en voz alta. No temas.*

Abrile la puerta, es la ilusión.

ILUSTRACIONES La mexicana Elena Poniatowska rescata ilusiones que se viven sólo una vez. Página 6	CON OJOS COLOR DE MIEL El imaginario casi infinito de los hijos en la mirada de Rafael Bielsa. Página 8	EL DEFECTO DE MI NINEZ Los detractores de la ilusión no pueden con ella. Lo afirma la escritora Vlady Kociancich explorando su infancia. Página 12	CUBANA FILOSOFÍA DE LA ILUSIÓN Están los que viven de sueños y los que mueren de desengaños. La escritora Zoe Valdés elige otra posibilidad. Página 18	QUIERO QUE VUELVAS Rolando Graña cree que algunas ilusiones se cumplen, pero por caminos inesperados. Página 22	TODOS LOS SECRETOS VENDRÁN DE LA LUNA La autora uruguaya Teresa Porzecanski despliega su mundo. Página 26	PASIÓN Viaje chaqueño de Leopoldo Brizuela hacia una separación. Página 28	ESOS SUEÑOS DE MI HERMANO Eduardo Berti y la realidad imaginada. Página 32
--	--	---	---	--	--	---	---

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR Y PENSAR
Asociada a  Capital Intelectual S.A.

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Elena Poniatowska, Eduardo Berti, Rafael Bielsa, Vlady Kociancich, Zoé Valdés, Rolando Graña, Teresa Porzecanski, Leopoldo Brizuela, Elvio Gandolfo, Ariel Dillon, Liliana Heker, Pedro Mairal, Marta Dillon, Luis Gruss, Federico Quintero,

EDICIÓN FOTOGRÁFICA
Gabriel Díaz y
Fernando Gutiérrez

FOTO DE TAPA
Santiago Porter

FOTOS
Marcos Adandía, Santiago Porter, Valeria Burrieza, Jorge Sáenz, Lucio Boschi, Daniel Muchiut, Clara Maclean, Ariel Grupillo

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

ILUSTRACIONES
Déborah Pragier
Silvia Mato

CORRECCIÓN
Edgardo D'Elío

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Francisco Acuña de Figueroa 459
c1180AAG, Buenos Aires
TEL/FAX 4866-1881
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO / CAPITAL INTELECTUAL
Tel 4866-1881 int. 227
Directo: 4865-3738

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía. S.A.
Moreno 794, piso 9, Bs. As.

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836, Bs. As.

FOTOCROMÍA E IMPRESIÓN
Quebecor World Pilar S.A.
Maipú 939, Buenos Aires

Registro de la Propiedad
Intelectual 092333.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.

"LATIDO. Una revista para sentir. Y pensar" es una publicación propiedad de **LATIDO S.A.**, Francisco Acuña de Figueroa 459 c1180AAG, Buenos Aires. Tel. 4866-1881. Editor responsable: Daniel Ulanovsky Sack. ISSN 1514-4747

Esta revista ha sido seleccionada por el Plan de Promoción a la edición de revistas culturales de la Secretaría de Cultura y Medios de Comunicación de la Presidencia de la Nación.

Historia de Revistas Argentinas | www.historiade.com.ar

ADIÓS, GUITARRA CRUEL
Según Pedro Mairal, la música y la ilusión circulan sobre todo por adentro.
Página 36

UNA FAMILIA ESPECIAL
Ariel Dilon compone, sin irse por las ramas, un árbol genealógico muy personal.
Página 40

QUE LA PENA HAGA SUS VALIJAS
Tal vez alcance un buen amuleto para llamar a la suerte. Lo dice, a su modo, la periodista Marta Dillon.
Página 44

TE PERDI, TE VOY A ENCONTRAR
A veces lo imposible toma cuerpo en el cine. El escritor Elvio Gandolfo cuenta películas y hallazgos propios del celuloide.
Página 50

EL ESPEJO ESMERILADO
Liliana Heker abre la ventana y cuenta lo que ve más allá de la luz.
Página 54

DIGRESIONES
Magos, fantasmas chinos, erotismo, libros y peces voladores... Una ensalada completa.
Página 58

CORREO
Los lectores proponen, elogian y critican.
Página 60

EL CUENTO
"Tahiti", por Ignacio Xurxo.
Página 60

sumario

AÑO 3, NÚMERO 30, DICIEMBRE 2001

I

"¿Qué es la vida?", se pregunta Calderón de la Barca en "La vida es sueño" y se responde: "Una ilusión". Continúa con "una sombra, una ficción,/ y el mayor bien es pequeño,/ que toda la vida es sueño,/ y los sueños, sueños son".

II

Una de las mejores películas que se han filmado en México es *La ilusión viaja en tranvía*, de Luis Buñuel, filmada en 1953, en blanco y negro. Al enterarse dos ferrocarrileros de que su tranvía 133, en el que han trabajado toda la vida, será retirado del servicio, deciden robarlo después de emborracharse para darse valor. Ese mismo día Caireles y Tarrajas dan servicio en la noche a un grupo ecléctico de pasajeros: un catrín, un par de monjas, un profesor con sus

alumnos y unos carniceros del rastro. Los guajolotes y los huacales de frutas y verduras, los conejos y las gallinas muertas colgadas en manojos, los cuartos de res ensangrentados recién nacidos en brazos de los carniceros y las viejas beatas abrazadas a la imagen de un santo hacen que el viaje se transforme en la más surrealista de las ilusiones. A la mañana siguiente, Caireles y Tarrajas deciden devolverlo cuando Papá Pinillos, un inspector jubilado, se dispone a delatarlos.

ILUMINACIONES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Elena Poniatowska** Escritora mexicana. Su última novela es "La piel del cielo"

FOTO **Santiago Porter**

III

La ilusión que teníamos los estudiantes de esos años que ya se han pintado de sepia, al regresar a la escuela después de las largas vacaciones de verano, no era tanto por el curso o los libros recién salidos de la imprenta o los cuadernos rayados de "cuaderno de... perteneciente a..." sino la de ver de nuevo a los amigos, saber que estaban allí, que quizá llegaría un compañero desconocido que nos contaría historias de otro planeta.

Era la ilusión del reencuentro con la vieja maestra con los dedos manchados de gis que regalaba caramelos a los que sabían las capitales completas de todas las ciudades de Europa, de Canadá, de Estados Unidos, de nuestro continente, de China y de Japón. Ver al amigo de un grado superior, Rodolfo Stavenhagen, cuya compañía disfrutaba especialmente, porque en una fiesta del colegio me sacó a bailar. "¡Te sacó uno de sexto!", exclamaban verdes de envidia las compañeras. Todas éramos de quinto, que no de quinta. ¡Cuántas horas pensé en él sentada bajo el árbol del jardín de recreo! Ahora es un antropólogo calvo y muy reconocido que da clases en Harvard.

IV

La ilusión que se vive como un instante de iluminación especial al estrenar un cuaderno en el que no se ha escrito todavía nada; tomar la pluma en la mano que siempre escribe y esperar que ahora sí salgan los poemas, el artículo, la entrevista, el cuento, la novela. Ilusiones, siempre ilusiones que se estrellan contra la realidad. No tengo nada que decir, estoy tapada, me es imposible. ¿Para qué si los otros ya lo dijeron? Kant decía que "es el juicio el que une estos dos mundos o disuelve la ilusión de que hay dos mundos: el interno y el externo".

V

Una de las personas que me hizo mayor ilusión entrevistar fue Luis Buñuel, por su personalidad tan cálida a pesar de que todos decían que era sordo e inaccesible. Fuimos juntos a la cárcel llamada El Palacio Negro de Lecumberri y visitamos no sólo a Álvaro Mutis, su amigo colombiano, sino a la crujía de los jotos, curiosamente llamada "La Jota" porque todas las crujías llevaban las letras del alfabeto, la A, la B, la C. Para recibir a Buñuel, los carceleros les ordenaron a los homosexuales y sobre todo a las "locas" despojarse de vestidos y moños y ponerse el uniforme y la cuartelera. A uno que no quiso quitarse el maquillaje le lavaron la cara con un ladrillo. Le tendió la mano a Buñuel hecho un santocristo. A otro lo habían castigado en una celda diminuta porque se negó a hacer fajina. "Hay que hacer la limpieza de la crujía", le di-

jo Buñuel preocupado; "ande hombre, hágala para que no lo castiguen". Repartió sus cigarros y lamentó: "¿Cómo no me dijiste y traigo varios paquetes?" Comimos con los presos. Buñuel se extasió ante el pan crujiente y dorado que hacía un español también preso y yo encontré en mi caldo un hueso de regular tamaño. "Espérese tantito, güerita —dijo un preso que metió sus dedos en mi sopa—, ahoritita se lo traigo", y a la media hora, cuando todavía platicábamos en torno a una mesa de concreto, me trajo una Virgencita de Guadalupe primorosamente tallada. "Le devuelvo su hueso." "¡Esto es surrealismo puro!", sonrió Buñuel. A mí me hizo mucha ilusión esta Virgen y la conservo al lado de la cama junto a las miles de ilusiones que pueblan mi almohada.

VI

En París, los clochards suelen ser muy elegantes con sus abrigos oscuros bien cortados, sus bufandas que a lo mejor fueron a la ópera. ¡Usan guantes! Lo único malo es que huelen a vino. En Madrid, quizá también los pordioseros sean altivos porque Voltaire cuenta de uno reprendido al extender la mano: "¿No le da vergüenza pedir limosna cuando puede trabajar?" "Señor, pido dinero, no consejos", respondió el mendigo. Tengo la ilusión de ser un día como este mendigo, porque finalmente todos en la vida somos menesterosos ■



CON OJOS COLOR DE miel

Nuestros hijos... Alguna vez, ellos mismos fueron ilusiones, sin nombre, sin sexo, sin señas particulares. Con los años, vemos asomar en nuestros hijos las mismas viejas ilusiones que supimos amparar, asombrosamente vivas, cortando por lo sano, apacibles como peces en un estanque.

La ilusión del amor... En un principio fue un sentimiento que nos proporcionamos según la secuencia del azar, para dar pompa a un incidente trivial, del mismo modo como bautizamos a Dios para morirnos menos solos. La adversidad, o el júbilo,

cayeron sobre nosotros sin que antes los anunciara ninguna insurrección, y a continuación nos disolvimos como azúcar en agua blanda. John Donne escribió: "Encadenarse en tus brazos es ser libre / Allí donde mi mano se posa, queda mi sello / Tu completa desnudez es toda la alegría. / Como las almas van desnudas, así deben ir los cuerpos / A gozar de una dicha plena".

A partir de entonces, el resto de la vida no hacemos otra cosa que tratar de que se repita, porque cuando estábamos enamorados todo lo que hacíamos adquiría un sentido integral. Incluso lo inde-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Rafael A. Bielsa** Poeta y escritor. Entre sus libros figuran "Sombras nada más" y "Una luz de almacén"

FOTO **Jorge Sáenz**



cente, lo agónico, los celos, el desmoronamiento, la orfandad, el desasosiego cedían cuando aparecía el ser amado para restituirnos. Y sin embargo... Como la primera vez de manera apenas audible, con el paso de los años en voz cada vez más alta, en algún lugar de nuestra conciencia jadea el rechazo: "Es necesario recuperar la libertad".

Mi hijo Laureano, el de nueve años, está enamorado como su padre lo estuvo a los nueve. En el patio de la escuela, le dice a Ángela: "¡Estás preciosa! ¡Qué bien que te queda el colegio!" Su hermano de seis, Hilario, lo oye y

reflexiona en voz alta: "Yo quiero continuar *suelto*. 'Suelto' de novia".

También tuvimos la ilusión de una muerte heroica, o la de que nos iba a importar morirnos. Aunque a los veinte años la muerte estuviese cerca, no podíamos sino verla con la distancia de la edad. Creíamos que estar sueltos era lo mismo que ser libres; luego llegarían los años. Años que añaden estatuas descazadas, que son como farallones internándose en el viento, como la proa de una embarcación cargada con piedras y arbustos. Años de luz polvorienta y brillos

jóvenes: acumulación de la luz, cromo, luz de cadmio, aluvión de sol sobre los ojos que se van entrecerrando. Ahora recuerdo un proverbio chino: "El hombre no deja de enamorarse porque envejece, envejece porque deja de enamorarse". Aunque es posible que no se trate de un proverbio chino. Como sea.

Laureano, asustado, me pregunta: "¿Es cierto que para que te agarre un ataque al corazón tenés que trabajar todo el tiempo y estar muy cansado?" Yo acabo de llegar del trabajo; estoy molido. Con voz que intenta sonar emprendedora, le contesto: "No



y a continuación
nos disolvimos
como azúcar
en agua blanda

necesariamente. ¿Por qué? ¿Tenés miedo de que te dé un ataque al corazón?" El niño me mira con esos ojos color de miel, que son capaces de averiguarlo todo. "Sí, porque estuve pegando figuritas toda la tarde y me siento muy fatigado." Luego frunce el ceño, y agrega: "Vos no te vas a morir nunca porque me daría tristeza". Esa certeza que lo alivia es lo que me intimida; me toco el corazón para sentir el latido. Escucho su voz: "Vos vas a seguir vivo hasta que estemos tranquilos y nos llegue la muerte".

A su tiempo, no nos pasamos por alto la ilusión de que la vida podía ser reducida a cuatro o cinco rasgos esenciales, que una vez alcanzados nos permitirían entenderla. Escucho con mis hijos el *Romance de la muerte de Juan Lavalle*; Sabato y Falú.

"Piensa el general Pedernera", lee Sabato. "Parece el harapiento fantasma de aquel Lavalle de la Independencia. ¡Cuántos años han pasado!"; se refiere a Juan Galo de Lavalle, en su huida rumbo a Bolivia. Y continúa Sabato: "A Pedernera ahora todo le parece un sueño. Al menos, en aquel tiempo sabían bien por lo que combatían. Combatían por la libertad de la Patria Grande. Aquella misma quebrada había oído los ecos de canciones heroicas, bajo los pliegues de una sola bandera. Somos los artilleros / que a la par del cañón / echan rodilla en tierra / los que a la

guerra / van con valor. / Es que ha sonado el clarín: / allá voy a luchar, / porque a nuestra bandera / mano extranjera / la quiere arriar".

La ilusión de que la vida podía ser sencilla, de que el lugar que habíamos escogido era el victorioso porque teníamos razón, de que estábamos donde estábamos para completar un destino escrito por mano virtuosa. Le doy al más pequeño, Hilario, una magdalena. Laureano repite que Lavalle era descendiente de Hernán Cortés y de Pelayo, y que Cortés fue un ingrato porque traicionó a los aztecas que lo esperaban con los brazos abiertos. Noto que Hilario no ha comido su magdalena; le pregunto qué le pasa. "Es que hoy a la mañana me comí el apetito, papá, y es por eso que ahora no tengo hambre."

Cuando aquella ilusión era todopoderosa, encontrábamos en las casualidades los signos definitivos de nuestra predestinación. ¡Qué instantes de maravillosa armonía, qué momentos de fraternidad con la tierra y con el cielo! Lo que era obra de la imaginación o del azar nos parecía un mensaje escrito especialmente para nosotros por la mano misma de la providencia. Hace algunos años, Laureano me preguntó: "Papi, ¿el día de mi nacimiento fue el 31 de enero?" "Sí, hijo, el 31 de enero." Los ojos se le inundaron de luz, y estoy seguro de que sintió que había sido elegido. "¡Uy,



vemos *asomar*
en nuestros hijos
las mismas
viejas ilusiones

qué casualidad!", me dijo. "Es el mismo día de mi cumpleaños." Alguna vez nuestros hijos fueron, ellos mismos, ilusiones. A medida que iban creciendo, su lógica infantil nos regalaba la perspectiva de que pudiera haber una lógica. Laureano le pega a su hermano; le doy una oportunidad. "¿Le pegaste sin querer?" "No, le pegué *con* querer." "Entonces te prohíbo que vuelvas a pegarle." "¿Ni siquiera *sin* querer puedo pegarle?" El varón golpeado, Hilario, le dice a su madre que la mamadera está muy caliente. Pero acto seguido le propone una solución: "¿Y si para enfriar la *memi* la calentás en el *fríoondas*?"

Sin nombre, sin sexo, sin señas particulares. Con los años, vemos asomar en nuestros hijos las mismas viejas ilusiones que supimos amparar, asombrosamente vivas, cortando por lo sano, apacibles como peces en un estanque.

Laureano: "Hay una cosa que me fastidia de los tipos esos que transmiten partidos de fútbol. ¿Viste, papá, cuando dicen que a alguien le dieron un golpe, que está revolcándose de dolor sobre el pasto, que tarda en llegar la camilla? En vez de hablar tanto, ¿por qué no cierran la boca, buscan al que pegó la patada y hacen justicia?"

Hilario, a su madre: "No faltes de mí" ■

del DEFECTO de MI niñez

Resplandece, diosa inmortal.

Que tu carro brillante te traiga aquí,

en compañía de tus caballos dóciles y fuertes.

Hija del cielo, color del oro.

(Rig Veda 3.61.2)

Siempre que pienso en la ilusión, no importa en cuál de sus variantes, oigo el clamor popular que la rechaza. Suena a conocimiento de la engañosa naturaleza de los sueños, a benévola piedad, a profunda experiencia. Pero es la voz más burda y repetida del escepticismo. Yo la detesto. Una roca que se levanta indestructible en el yermo de los lugares comunes, esta advertencia sobre los males que acarrea la tentación de mirar al mundo, al prójimo, a uno mismo, sin el recelo necesario. Avisa que tarde o temprano vendrá el golpe, que será duro y además gratuito, ya que el único fin de la ilusión, esa luciérnaga que ilumina la vida cotidiana, consiste en alejarte de la anhelada realidad.

Ahora bien, mientras para el consejo proverbial las ilusiones son una muchedumbre y difieren las armas con que te cazan y te matan, sobre la realidad no discute. Es una sola zanja oscura y pantanosa. Ni amor, ni belleza, ni poesía, ni lealtades caben en su amarga estrechez. ¿Por qué se insiste en que debemos tirarnos de cabeza ahí dentro lo más pronto posible? Que esta idea de la realidad tenga tan buena prensa es uno de los grandes milagros ilógicos de la fe humana.

En mi infancia de barrio, los destructores de la ilusión del Otro eran una mayoría imponente, con las mujeres como líderes. No había madre, tía, abuela, vecina que no usara la frase "hacerse ilusiones" para ilustrar el ocultamiento de la perfidia ajena. Se aplicaba a la con-

ducta de otras mujeres, especialmente a las mejores amigas, que todavía no, pero en el inevitable futuro, en la nuez de traición de lo real, lo escondido bajo la dulce carne de la amistad, te rompería los dientes, y a los buenos maridos, cuyo trato ejemplar era sólo un paréntesis fortuito antes de reintegrarse a la inmensa legión de los malos. Los hombres, en cambio, reservaban el amuleto protector de la frase para el trabajo, el fútbol y las carreras del hipódromo. A los chicos nos dejaban en paz.

En aquel tiempo sin psicoanálisis ni globalización de la virtud del niño como imperativo categórico, nadie se hacía muchas ilusiones sobre el carácter de su hijo. Eramos salvajes que nuestros padres trataban de educar al modo de los misioneros cristianos, en una mezcla del ímpetu colonialista del doctor Livingstone y del sacrificio de la Madre Teresa. Pero la raza inferior escuchaba, de abajo, el dogma de la extraña religión de los adultos, y deducía. Yo deduje que el Cielo era la tan mentada Realidad, donde se guardaban cosas tristes y encerraban gente horrible, y el Infierno eran las ilusiones, que te mentían diciendo que todas las cosas no eran tristes ni toda la gente horrible.

Quizá porque venían asociadas con la mentira, esa herejía de los chicos de antes que los grandes castigaban con un celo de jueces de la Inquisición, las ilusiones me aterraban más que los ogros, las brujas, los fantasmas. Las veía de a una o en montón,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Vlady Kociancich** Escritora. Entre sus libros figura "El templo de las mujeres"

FOTO **Lucio Boschi**



acechando en actos y en personas inocentes, afilando el puñal de la realidad, esa realidad siempre maligna, y siempre, yo no entendía por qué, buscada como el paraíso que perdimos.

Vivir de ilusiones, sin embargo, era aún más peligroso que hacérselas. Fue la peor de mis pesadillas. Hoy, cuando a fuerza de estímulos artificiales los chicos son tan aburridos que apenas muestran una gota de imaginación uno llora de felicidad, cuesta acordarse de que en mi niñez la imaginación se consideraba un defecto, no demasiado serio pero a tomar en cuenta, porque afectaba la salud y la inteligencia. Y yo, decían

que acá llaman alegres y en sitios menos pobres, chillones. Pero cada noche, a la hora en que las familias se sientan a la mesa, esta familia solamente la pone. Los platos, los vasos, los cubiertos, hacen ruido cerca de la ventana abierta, fingiendo una comida que no hay. No hay porque cada centavo se gasta en levantar la casa y la casa es más voraz que sus dueños. Me recuerdo escuchando la ilusión que ha tomado esa casa como el rugido de una fiera invisible. Atrás se oye la risa hiriente y justiciera del barrio: ni pena ni olvido para los que viven de ilusiones. La pena que sentí vuelve ahora, mientras escribo, intacta.

zándose desde la cultura de Mohenjo-Daro en el valle del Indo, hace unos cinco mil años—, pero la envolví con cuidado y me la traje a casa, robada de los tesoros metafísicos del otro lado del planeta para contemplarla en soledad. De hecho, aquel viaje inconcluso por regiones de la filosofía que antes ignoraba y casi desdeñaba, me revelaría algo mucho más importante. Que el juicio peyorativo sobre las ilusiones, a favor de una supuesta realidad, nace de nuestra ingenua y angustiosa manera de medir el Tiempo. En línea recta, por lo tanto, siempre en pérdida de algo. Lamentando el Ayer y desconfiando del Mañana.

¿No confiar, no enamorarse, no entusiasmarse, no celebrar ni celebrarse?

preocupadas madres y maestras, nuestros ángeles tutelares de entonces, era imaginativa por demás. Aquel exceso, que se manifestaba en cuentos de aventuras que no me habían ocurrido, en un gusto de juegos teatrales a los que arrastraba a mis primos, como una delirante adaptación de Tarzán de los Monos bajo la higuera, me llevaría derecho al pecado capital del barrio: viviría, qué horror, de ilusiones.

La infancia es un mundo de susurros. Todavía oigo el de mi miedo, delante de una casa y una ventana iluminada. Es la hora de la cena. Otros susurros me han traído. Vagas voces de mujeres, señalando el crimen, condenándolo. La casa es linda, sólida, pintada de colores

La amenaza de ilusionarme sin salvación, de perder de vista el plano inamovible de lo real y de sus curiosamente prestigiosas amarguras, me torturó hasta que, de paso por la universidad, cursé Filosofía de las religiones, una materia que aún dictaba Vicente Fatone y que me introdujo, mucho antes de que se pusiera de moda, en el discreto hechizo del budismo. Uno toma de los estudios sólo aquello que verdaderamente necesita y entre las clases y lecturas sobre la India, Buda, el Zen, encontré una piedra preciosa. Que la Realidad, o sea la tan concreta zanja de dolor, pobreza y muerte, también era ilusoria.

No avancé en esa creencia —inaplicable, ay, si uno no ha venido esfor-

No confiar, no enamorarse, no entusiasmarse, no alegrarse, no celebrar ni celebrarse porque la vida se ve como una cuerda floja entre dos puntos reduce los cambios, giros, contradicciones y matices del mundo a una mezquina contabilidad. Cuando miro hacia atrás, me alivia haberme liberado pronto del miedo irracional a dejarme encantar por las delicias que otros calificaban de ilusiones. Las hago, las recibo, las exploro. Aceptar que vayan y vengán, que se sucedan como el día a la noche, que no duren una eternidad, nunca me ha sido fácil. Pero después de todo, considerando que yo misma soy ese día y esa noche, que tampoco duraré una eternidad, ¿puede pedirse algo más justo? ■

Con el apoyo de CABAL. Agradecemos a: Telecom, Telefónica, Microsoft, El Sabio, Colegio 24 hs.

aulas en red



El Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires inicia la informatización de los séptimos grados de las escuelas públicas. A partir de ahora alumnos y maestros contarán con nuevas herramientas, formando parte de una red digital que permite vincularse y aprender mejor.

gobBsAs

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PRIORIDAD EDUCACION



Jacob, la bella Vina y el jaguar.

(El mito hindú del origen del Ginger Ale.)

Jacob siempre fue curioso. Había crecido en uno de los inquietos márgenes del Volga y vivió en una vieja cabaña de roble hasta que una oscura noche de invierno un sueño lo despertó.

Cuentan que Jacob abrió los ojos y encontró a un niño que llevaba un saco de bruma. Y que el niño sonrió y le habló de una tierra remota y cautivante, tan cautivante que Jacob creyó que era lo único por lo que valía la pena vivir y nunca más se durmió...

Dicen que lo primero que Jacob vio de la India fue una costa de arena púrpura y que el día era tan claro que si uno se paraba en las puntas de los pies y miraba el horizonte se podía ver reflejado en las lejanas cascadas de la cuna del Ganges. Y dicen que fue en esas mismas cascadas que Jacob vio por primera vez el amanecer de los gallos de las crestas de oro, las siete ramas de colores del árbol del arco iris y la bella Vina, hija de Krishna, princesa de la luz.

El niño del saco de bruma no había mentido. Vina era lo único por lo que valía la pena vivir. Habiéndose jurado que la volvería a encontrar, el tiempo de Jacob se transformó en un tapiz de hilos de rubí.

Pero cuentan que pasaron dos años y que Jacob jamás volvió a ver a Vina. Que buscó en cada rincón del tapiz de hilos de rubí cinco veces.

Que habló con las flores, las piedras y las aves. Que estuvo en todas las cascadas. Y que lloró y que quiso estar muerto. Hasta que un día los bosques se convirtieron en marfil y un jaguar bajó de una nube y le habló:

"¿Por qué sufres? Si buscas a Vina, ve, encuentra la raíz dorada y bebe el agua de jengibre que abre el corazón."

Cuentan que Jacob caminó 10 días y 10 noches y que después se durmió.

Que lo despertó un niño que llevaba un saco de bruma. Que estaban en un campo de jengibre y que arrancó un tallo y una cascada fluyó.

Y dicen que fue en esa misma cascada que Jacob volvió a ver el amanecer de los gallos de las crestas de oro, las siete ramas de colores del árbol del arco iris y la bella Vina, hija de Krishna, princesa de la luz y alma de un amor eterno que nació en una gota de agua de jengibre.

Gota de la que también nació Schweppes Ginger Ale, agua de Jacob y Vina, delicia de una tierra cautivante y secreto de un jaguar que una vez bajó de una nube y nos conquistó.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

Descubrí el nuevo sabor Ginger Ale.
Único en su especie.

Desde que tengo uso de razón mi madre siempre tenía en la boca su palabra preferida: ilusión. Lo cual, por un pelo, casi llega a ser mi desgracia, pues me contó que en un momento determinado, alrededor del octavo mes de gestación, pensó bautizarme con el gracioso nombre de Vida Ilusión, o a la inversa. Finalmente, gracias a mi abuela, me pusieron Zoé Milagros. En griego Zoé es vida, o sea que me llamo Vida Milagros, lo cual no está muy lejos de la primera fórmula. A mi madre le arrebató tanto la palabra ilusión que todos sus zapatos llevaban tacones *ilusión*, muy de moda en los años cincuenta. Y no paraba de entonar aquel bolero fatal que hablaba de falsas ilusiones, lo que es ya una redundancia.

La primera ingenua ilusión de mi vida que se convirtió en realidad fue la de publicar un libro. Desde los diecisiete años escribía poesía, a los veintitrés terminé mi primera novela, y vivía anhelando el acontecimiento de ver uno de mis libros colocado en la vidriera de una librería, o en las manos de un lector. Demoré en publicar, pero no perdí las esperanzas, y soñaba con el instante en que me encontrara a una persona con la que pudiera comentar uno de mis textos. Puedo afirmar que uno de los días más felices de mi vida fue cuando vi aquel libro mío en las manos de una joven, en el metro de París. Iba leyéndolo, y se reía, parecía divertirse mucho con lo que yo había escrito en *Te di la vida entera*, que es un poco la vida de

mi madre. Aquello me excitó tanto, las mejillas debieron haberseme puesto como un tafetán, porque sentí que me subió la temperatura y la fiebre quemaba mi cara y mis orejas. La emoción fue tan intensa que descendí en la siguiente parada para poder respirar, y volver en mí, por fin darme cuenta de que era cierto. Tomé conciencia de que había realizado por fin el sueño, mientras regresaba caminando a casa, con el alma radiante de optimismo. Creo que, después de varios libros escritos, fue sólo en ese momento que tuve la certeza de que era escritora.

La otra gran ilusión fue cuando concebimos a mi hija. Supe perfectamente el momento en que fue concebida. Puedo jurarlo, no miento. Inclusive le dije a mi marido, en ese instante: "Será niña". Y esa noche soñé con su rostro. Exactamente la misma carita que tuvo un año después de nacida. O sea que las ilusiones siempre me han tratado bien. Al menos cuando han estado impulsadas por el élan vital del deseo, de la constancia, del amor. En Cuba existe una filosofía de la ilusión muy simpática. Uno de los dichos más escuchados en Cuba es el siguiente: *No vayas a tirarte del trampolín de las ilusiones para caer en la piscina del imposible*, o sea, una versión habanera de la célebre frase pesimista: *El que vive de ilusiones muere de desengaños*. El cubano ha vivido estos últimos cuarenta y tantos años varado en la ilusión. La ilusión de libertad. Es la gran ilusión de la que vivo pendien-

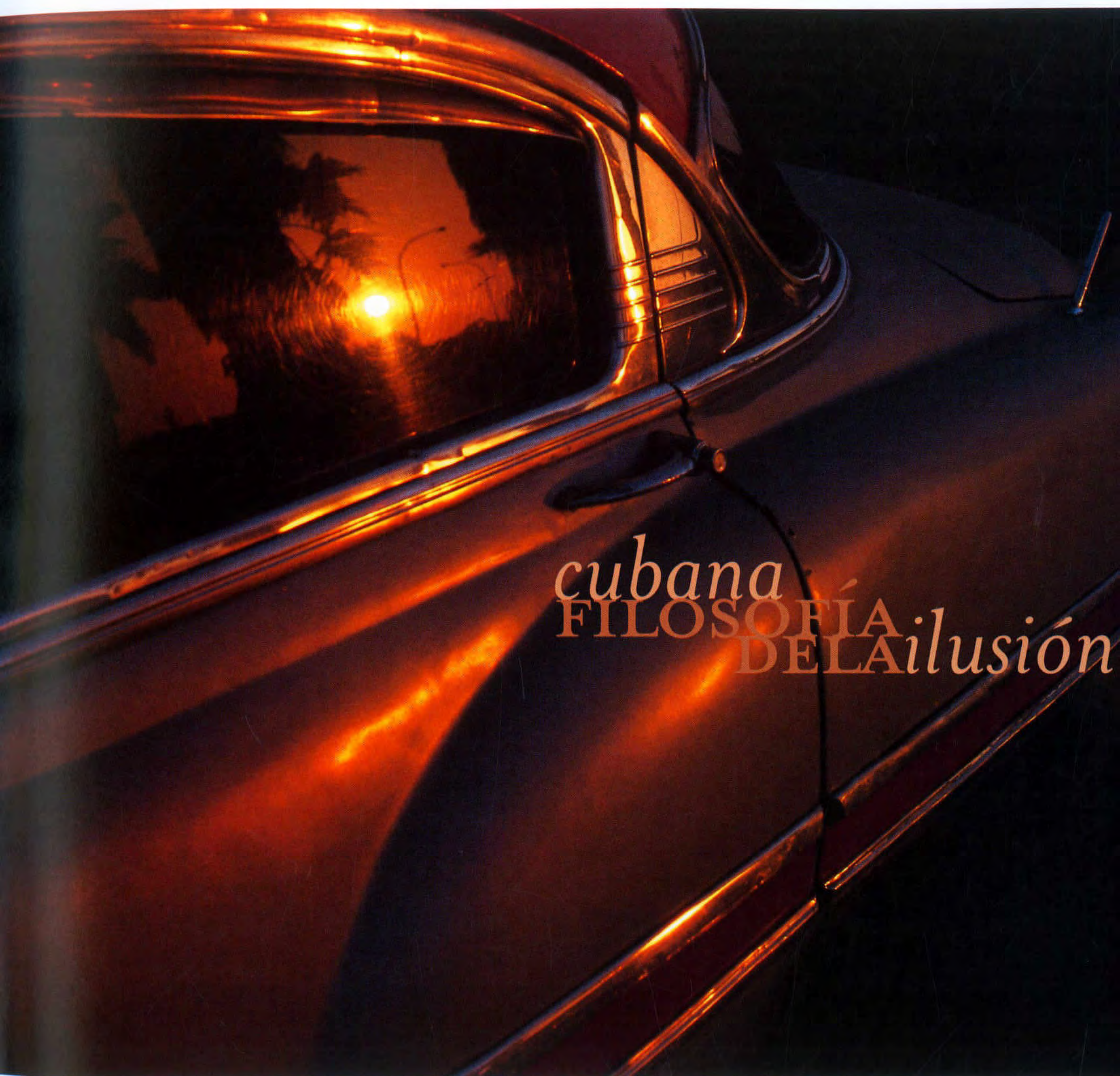


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Zoé Valdés** Escritora cubana. Es autora, entre otros títulos, de "Querido primer novio"

FOTO **Gabriel Díaz**



cubana
FILOSOFÍA
DE LA Ilusión

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te hoy en día, con los cinco sentidos, y ese sexto del tapiz de La dama y el unicornio en el Museo Cluny de París: *à mon seul désir*. Es la ilusión que mi madre no pudo cumplir, pues murió antes de que esto fuera posible. Cuba es un gran baile de ilusiones irrealizables por el momento. Cuántas veces mientras merodeaba los alrededores de un hotel intentando evadir a la policía para recuperar la carta que me traía un extranjero de parte de un amigo o de un familiar en el exilio escuché a una sencilla familia cubana soltar la frase en un suspiro: *¡Dios mío, cuándo podremos disfrutar de lo que disfrutaban los turistas!* O sea de comida normal, de hoteles, de playas, de diversiones que en cualquier otro país del mundo constituyen derechos importantes de sus ciudadanos, y que en la isla son sólo privilegios para los foráneos. De ahí que Pepito, el niño malo de los chistes, haya contestado a la pregunta de su maestra: —Pepito, ¿qué te gustaría ser cuando seas grande, qué te haría ilusión?

—¡Extranjero, maestra, me haría mucha ilusión ser extranjero! —fue la inesperada respuesta.

Sin embargo, ilusión no era un estado de ánimo, o sentimiento, o presentimiento, que agradara al aparato represivo cubano. Jamás olvidaré el empeño de los *personajeros* del régimen por eliminar un gran número de ilusiones que formaban parte de la tradición popular. Muy temprano, a mi abuela y a mi madre, y a todas las generaciones naci-

das y criadas antes del año 1959, se les anunció que no disfrutarían nunca más de las Nochebuenas, porque aquello formaba parte del plan estratégico del enemigo para desviarnos de la construcción del comunismo, y bla, bla, bla. Las Pascuas y la Nochevieja pasaron a ser proyectos de la CIA para hundirnos en el fanguizal de las falsas ilusiones. Ilusiones perversas que nos mutilaban los cerebros de las valiosas ideas revolucionarias.

Poco tiempo después les tocó el turno a los Reyes Magos. ¿Qué tontería era aquello de la estrella de Belén, de los pastores, de la Virgen María, del niño Jesús en un pesebre, del carpintero José, y hasta del asno, con todo lo progresista que eso pareciera? Justamente, disfraces del enemigo para embaucar a todo un pueblo, sobre todo a los niños, víctimas inocentes. Otro plan de la CIA, otra falsa ilusión.

Luego, al tiempo y un ganchito, se prohibieron los carnavales. Tampoco era necesario que un pueblo trabajador viviera masivamente pendiente de un mes del año para recholatear y bailar: eso resultaba de baja estofa en comparación con las demás tareas que nos esperaban, las encomendadas por la gloriosa memoria de los héroes que murieron para que nosotros creyéramos en la victoria real, y no en la rastrera tontería de una ilusión, como podía serlo el carnaval.

A fuerza de tanto amedrentarnos con el peligro de las ilusiones llegamos a invocarlas como plegaria pa-

ra poder continuar resistiendo. La vida se convirtió en una oración perenne por alcanzar aquello que nos prohibían tener: ilusiones. Vivíamos de hecho en la ilusión total. Aquel célebre poema de Nicolás Guillén: *Tengo*, que dice: *Tengo lo que tenía que tener...* pasó a ser de poema revolucionario a disidente. Lo que había sido una hermosa constatación pública para Nicolás Guillén, para nosotros era una negación, un trauma ilusorio.

El 4 de junio de 1999, mi madre realizó la mayor hazaña de su existencia. Por primera vez tomaba un avión, por primera vez viajaba fuera de Cuba para encontrarse con nosotros, su familia, en el exilio. Nunca olvidaré sus palabras al abrazarme:

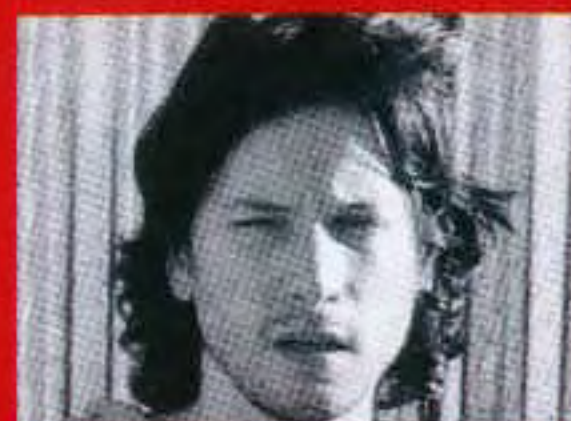
—¡Hija, me has dado la mayor ilusión de mi vida!

Yo pensaba que se refería a la huida de la dictadura, al viaje a París; enseguida la segunda exclamación lo aclaró todo:

—¡Volver a ver a mi nieta antes de morir!

Algo que el oficial de la Seguridad del Estado le había pronosticado que no ocurriría jamás:

—Usted no verá nunca más a su hija y a su nieta —aseguró al finalizar el interrogatorio que llevó a cabo durante horas en una oficina apartada. Mi madre me contó que, aterrorizada, las lágrimas le mojaron la falda, pero que por dentro una voz le repetía en letanía: *Así tengas que aprender a volar, pero no renunciarás a la esperanza* ■



CHAT CON
ANTONIO BIRABENT

Las ilusiones son las que nos convocan este mes. Sobre ellas vamos a conversar con Antonio Birabent, un músico que editará en estos meses "Cardinal", su séptimo disco, y ya lo presenta en sus shows en vivo. También es actor de cine y televisión. Vamos a preguntarle por sus sueños, los que se cumplieron y los que no. También charlaremos sobre el efecto "motivador" de las ilusiones. Podés ir pensando tus preguntas. Ojalá te encuentres con nosotros on line el lunes 10 a las 21. Vamos a estar esperándote.

<http://latido.terra.com.ar>



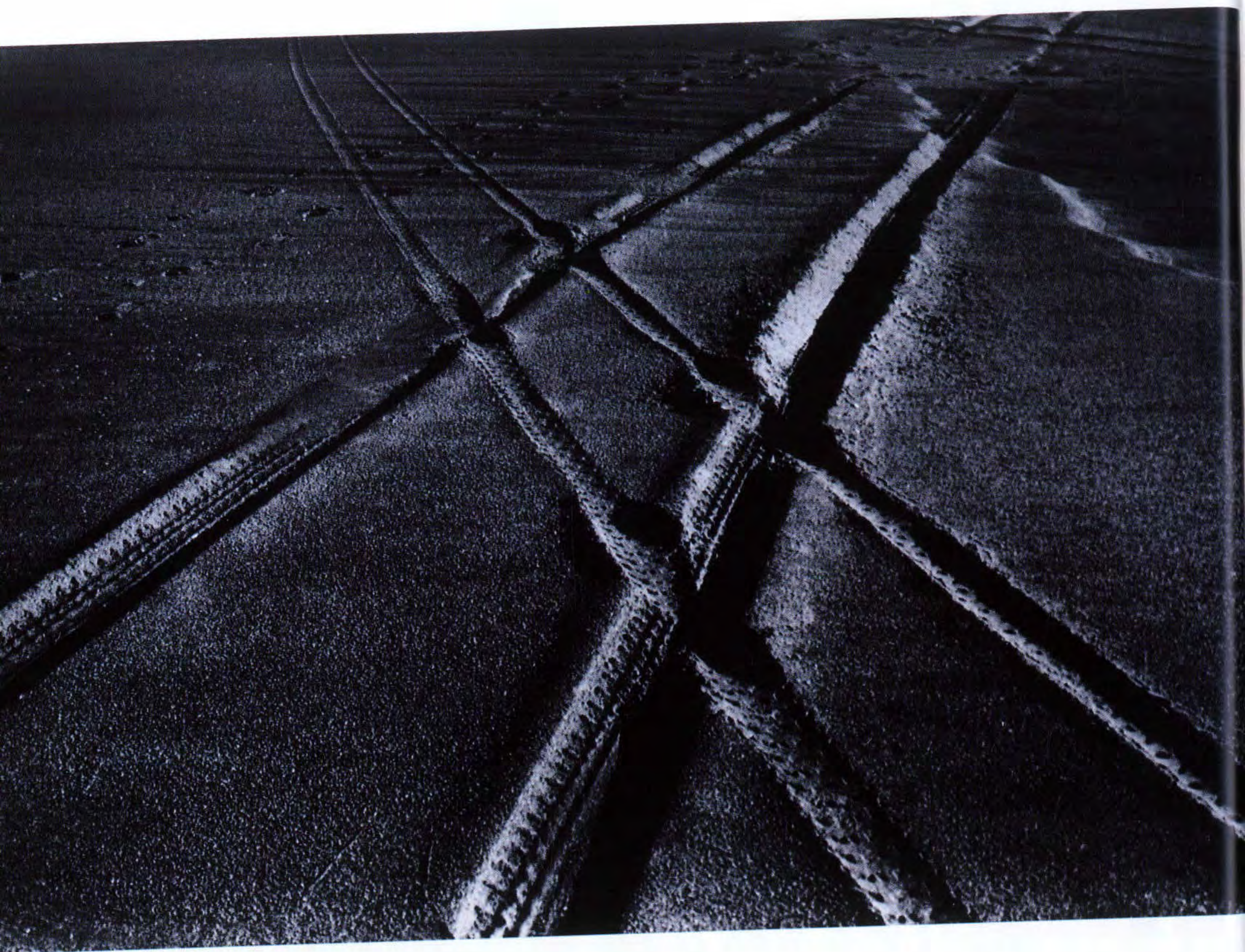
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR Y PENSAR


terra

Internet,
más tuya que nunca.



Quiero que **VUELVAS**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Rolando Graña** Periodista

FOTO **Marcos Adandía**

Nunca tuve ilusiones. O más bien, dejé de tenerlas a los 10 años.

Para que no viera lo que pasaba, mi vieja me había mandado a casa de unos parientes. Se estaban jugando los partidos finales del Mundial de México. Era 1970. Cuando terminó el partido (jugaba Pelé; ganó Brasil) mi vieja me llamó y me preguntó si quería ir a saludar a mi viejo.

—¿Qué? ¿Está vivo?

—No— me dijo, y se puso a llorar en el teléfono.

¿Ya les comenté? Tenía 10 años y unos meses antes, la noche en que a mi viejo le dio el primer infarto, había visto *Drácula* en Canal 11. A mi viejo lo internaron una y otra vez a cada infarto y en esos meses hablé mucho con mis amigos sobre la muerte y uno más grande me dijo que había casos de muertos que resucitaban sin volverse monstruos ni vampiros. Que resucitaban buenos, tal y como se habían ido.

Yo tenía la ilusión de que mi viejo despertara, volviera. Como *Drácula*. Al fin y al cabo, ya una vez había perdido mucha sangre y se había salvado: en la entrada de la Guardia del Hospital de Vicente López yo la vi a mi vieja mostrarle a un vecino la marca que había dejado la sangre de mi viejo en una pared cuando le tuvieron que hacer una traqueotomía de apuro. Ella no sabía que yo estaba cerca, escuchando.

Después pensé que a lo mejor, como *Drácula*, mi viejo podía sobrevivir con poca sangre y a lo mejor un día, desde el cementerio, volvía.

Sin lágrimas, solemne como puede ser un pibe a esa edad, durante varias tardes me senté en el umbral de casa para ver si doblaba la esquina: pelado, canoso, un poco rengo. A veces de traje y hasta con sombrero. Como no venía, solemne y sin lágrimas, dejé de ir a la puerta de calle y me planté frente a una foto de mi viejo joven.

A eso de las cinco de la tarde, cuando bajaba la luz, yo empezaba a mirar fijo la foto y esperaba que la ganaran las sombras. Entonces —les juro— mi viejo se iba convirtiendo en *Drácula* y si eso sucedía —ilusión— ¡podía volver! Pero no volvió.

EL CONDE Al poco tiempo, mi vieja se enfermó: algo de los intestinos. Y tuvo que salir a laburar: mucama por horas.

Yo me volví transparente: creo que ella ya no me veía. Peleaba por mí, se rompía el culo para criarme, pero no me veía. Una vez me llevó a comer sándwiches en un sótano de Lavalle; mientras yo comía —solemne— a ella le resbalaban las lágrimas por la cara. Cuando terminé nos levantamos y nos fuimos. Desde la muerte de mi viejo había dejado de acariciarme.

Al poco tiempo me tuvieron que llevar a mí al médico. No me acordaba de nada: se me había ido la cara de mi viejo; pensaba en él y me venía Bela Lugosi. No me acordaba cómo era su voz. El pediatra me revisó y dijo que no tenía nada. Sólo que estaba deprimido: le aconsejó a mi vieja que me metiera en un club

y que me dejara leer todo lo que yo quisiera. Era un buen pediatra pero terminó como tantas cosas en aquel barrio: una tragedia. Se tiró por el balcón. Los que lo querían dijeron que porque era gay. Los que no, porque era paidófilo.

En cualquier caso, su consejo de lectura libre me salvó y al verano siguiente cayeron en mis manos los tres tomos de *El conde de Montecristo*. Ahí entendí todo.

A Edmundo Dantés le habían robado la esposa, la casa, la vida y lo habían mandado a la cárcel. A mí me habían robado a mi viejo y, casi, a mi vieja; la casa se caía a pedazos y mi mayor ilusión no se cumplía.

Entendí todo: el motor de mi vida de ahora en más iba a ser el resentimiento. No la venganza. Envidié mucho a Edmundo Dantés: después de 12 años, él pudo volver de la cárcel con otro nombre. Volvió poderoso y, sobre todo, tenía de quién vengarse. Pero yo, ¿de quién me iba a vengar? ¿Quién se había llevado a mi viejo? ¿Quién lo había puesto en esa tumba sin nombre a la que durante 20 años no quise volver?

Gérard de Nerval se suicidó tirándose de la Torre de Saint Jacques, en París. Al pie de la torre, en una roca negra y a manera de homenaje, alguien grabó su mejor poema, *El desdichado*.

*"Ma seule étoile est morte, et mon luth constellé
Porte le soleil noire de la mélancolie..."*

("Mi única estrella ha muerto y mi laúd constelado
lleva el sol negro de la melancolía".)

Cuando la vida te quiebra el espina-
zo de pibe, cuando tu mejor ilusión
fracasa, el suicidio es una posibili-
dad. *El desdichado*. De pibe nunca lo
pensé. Alguna mano mágica, amiga,
me mostró el camino del resentimien-
to. El camino de Edmundo
Dantés, conde de Montecristo.

Es curioso: Gérard de Nerval traba-
jó como escritor fantasma para el
imperio de los Dumas. ¿Habría me-
tido mano en *El conde de Montecristo*?
¿Habría conocido también Nerval el
camino del resentimiento y final-
mente lo venció el sol negro de la
melancolía, el suicidio? ¿Qué es lo
que lo lleva a uno a ser El desdicha-
do y no El conde...? Es decir:
¿cuándo y cómo la melancolía y la
depresión derrotan al resentimien-
to, que mal que mal te hace vivir,
aunque sea con las ilusiones rotas?

ANESTESIA En la adolescencia, el
resentimiento me llevó a la timidez.
Durante mucho tiempo me vedó el
placer. Busqué el vértigo del exceso
para ver si entonces aparecía un pla-
cer tan grande que me librara del
rencor sordo de los excluidos.

Porque el rencor trae anestesia. Una
vez leí algo así sobre Andy Warhol.
Dicen que era un tipo distante, in-
mutable, anestesiado en sus senti-
mientos, incluso en las cosas más
sublimas que hacía. En Nochebue-
na, Warhol iba a cenar a un hogar de
caridad con vagabundos y margina-
les de la vida. Pero allí tampoco se
emocionaba. Lo hacía y punto.

Algo parecido me pasaba a mí. Todo
lo hacía y punto. Sin demasiado pla-

cer y sobre todo, sin demasiada ilu-
sión. Viví cosas más intensas que las
que suele vivir un pibe de 18, 19
años. Había sido heladero y trabajé
varios veranos descargando quesos
de camiones que venían del interior;
atendí una tienda de trajes de disfra-
ces y trabajé varios años en teatros de
strip tease. Era la envidia de mis
compañeros del secundario: tenía
minas en bolas al alcance de la mano
en los años de la dictadura, tiempos,
también, de represión sexual.

Pero era como si todo eso le pasara a
otro. Fue a otro al que llevó preso la
cana y a los 19 años lo quiso procesar
por gigoló. Fue a otro a quien una
stripteasera le dijo que estaba emba-
razada y que pensaba tenerlo. Fue a
otro a quien esa misma mujer que
había crepitado en sus manos se le
casó con otro tipo en la cara en me-
nos de dos meses, yo sé que por des-
pecho y por haber perdido el pibe.
Fue otro el que la acompañó a bus-
car el traje de novia y ahí mismo se
fue con ella al telo, con traje y todo.
Por suerte, el resentimiento nunca
me llevó a la encrucijada Astier. Ya
saben: Astier, Silvio Astier. El trai-
dor de *El juguete rabioso*. Traidor por
excluido.

Excluido del dinero: pobre. Y ex-
cluido del saber: por eso quema la
biblioteca de la escuela. Cuando
uno llega a la encrucijada Astier sin
algunos valores (yo prefiero hablar
de ideología) se vuelve un traidor
primero y un corrupto después. He
conocido a muchos Silvio Astier mal
resueltos en todos estos años de ha-
cer periodismo entre la clase políti-

ca argentina.

El resentimiento, en verdad, me lle-
vó a estar más cerca del Astrólogo de
Los siete locos que de Silvio Astier. Yo
también soñé con una revolución,
con un golpe de justicia para que
tanto canalla que uno ha visto sufra y
garpe por lo que hizo. Después des-
cubrí que las revoluciones, al menos
como uno las leyó, tienen mucho de
intolerancia y de militarismo.

ESCRIBIR La lectura me salvó.
Primero de la depresión, luego de la
codicia. ¿Qué otra cosa podía soñar
entonces sino ser escritor? La pa-
sión por la literatura y la orfandad
me llevaron a buscar padres sustitui-
tos en amigos escritores que conocí
en el periodismo. Me fue muy mal.
Admiré mucho a Andrés Rivera, mi
primer jefe de redacción. Pero,
quién diría, a él, tan políticamente
correcto, tan revolucionario del
Cordobazo, la ira lo cegó e hizo que
me echaran aunque yo era el delega-
do.

Un par de años estuve muy cerca de
Osvaldo Soriano: vimos juntos el
Mundial del 86, como no había po-
dido verlo con mi viejo. Me pasó los
originales de dos de sus novelas para
que los leyera y criticara antes de
publicarlas y en una hasta puso el
nombre de mi hijo mayor en clave,
como para que sólo los amigos lo
entendiéramos. Pero unos años
después, cuando algo grave me esta-
ba pasando y necesité un amigo que
me escuchara mano a mano, me en-
contré con un típico escritor que
sólo hablaba de sí mismo, de las

nuevas traducciones que merecía su obra y de cómo en Italia lo equiparaban con García Márquez y Vargas Llosa. Desilusionado, nunca más lo vi. De todos modos, lloré mucho cuando se murió. Lamenté demasiado no haber podido decirle cuánto lo quise.

Poco a poco, me di cuenta de que mi búsqueda de padres sustitutos me hacía volver al primer conde, a Drácula. Era vampirismo puro: aprender y asesinar. Parricidios falsos. Ilusiones perdidas.

Hasta que del modo más primario un día llegó el primer síntoma de que había esperanzas para curar la orfandad, el resentimiento, la anestesia.

Fue cuando nació Juan, mi primer hijo. Durante cuatro días sentí que las piezas del Tetris de la vida caían en su sitio sin esfuerzo. Sentí que algo de lo que la muerte de mi viejo había provocado se estaba reparando. Fui feliz.

Poco después, un día, me acordé: la tumba de mi viejo seguía sin nombre. Y mandé grabar como epitafio los obvios y magníficos versos de Miguel Hernández:

Quiero minar la tierra hasta encontrarte

Y besarte la noble calavera

Y desamordazarte y regresarte

Había enterrado por fin a mi padre y la ilusión de que volviera. Pude hacer entonces el duelo por las cosas que, mal o bien, había hecho y ya no iba a volver a hacer. Mi cuerpo ya no iba a ser lo que fue. Ya no iba a volver a amar a algunas mujeres que

perdí; ya no iba a ser algunas cosas con las que siempre soñé: maestro de escuela, político bueno, sereno aburrido pero lector impune, escritor.

EL REGRESO Trece años después de la muerte de mi viejo me enteré de que tenía un hermano. Otro hermano. Yo lo conocía, venía a mi casa pero no sabía que era mi hermano. Era hijo de mi viejo con otra mujer. Era 22 años mayor que yo. Julio, ¿no te acordás? Uno alto, de bigotes, el que le enseñó a manejar a tu hermano Lito.

Una pelea tonta por la pensión de mi viejo había separado a mi hermano Julio de nosotros dos, los otros hijos de mi viejo. Yo sólo sabía de él que era taxista, que paraba en Los Ases, un boliche de Avenida de Mayo y Tacuarí. Siempre que pasé por ahí camino a Página/12 miré a ver si estaba. Pero, ¿cómo reconocerlo? Pasaron los años. Un día, haciendo una entrevista con Palito Ortega para Puntodoc me encuentro con alguien que había conocido a mi viejo y a mi tío y ese hombre también me habló de Julio, mi hermano. Me dijo que trabajaba en el Congreso. No podía ser: yo vivía a una cuadra del Congreso.

Lo llamé por teléfono, le dije quién era pero él ya sabía todo de mí. Le había preguntado por mí a otros periodistas; veía mis notas en CNN. Le pregunté por qué nunca me había llamado. Me dijo que no sabía si yo sabía que él era mi hermano, si alguien me lo había dicho.

Y así fue: 29 años después, sonó el timbre de mi casa y era mi hermano Julio.

Pero no sólo volvió Julio. Con él volvió mi viejo. Porque Julio tenía la misma edad que mi padre cuando murió: 62 años.

Ojalá yo pudiera transmitirles el flash que fue ver aparecer a mi viejo no como Drácula sino como Julio: parecido y diferente a la vez. Otros ojos pero el mismo corte de cara, tal vez la misma voz que yo había olvidado.

Como animalitos nos olimos, hablamos en voz baja, nos reconocimos. No importaron la cultura ni la política. El era lo Otro: era peronista, no leía libros, le encantaban los autos, odiaba las cosas viejas.

Durante poco más de un año hablamos todos los días. Me alcanzó a contar cosas de mi viejo que nunca nadie me había contado. Que mi viejo mantuvo dos casas durante un par de años, hasta que se separó. Pero sobre todo me alivió: mi viejo no lo había abandonado cuando se juntó con mi vieja.

Pero así como la vida te da las cosas, así te las quita, y la ilusión de haber recuperado a mi viejo a través de mi hermano duró poco.

Una maldita isquemia, un puto derrame cerebral lo dejó hemipléjico y, sobre todo, afásico.

Julio ya no puede hablar: justo lo que los dos más necesitábamos.

A veces, como ven, las ilusiones se cumplen, no como las soñamos sino de otra manera, alambicada, caprichosa. Y como vienen, se van ■

Un hombre raro de la luna, amarillo y desértico como la propia Selene, vendría a buscarme, trayendo consigo un libro con páginas de piedra sobre las que estarían grabadas todas y cada una de las respuestas que yo había estado buscando a lo largo de mi infancia. Durante noches y noches, había estado escribiendo cartas mentales a los astros en galaxias lejanas, pidiendo explicaciones, solicitando motivos. Había increpado a las lechosas estelas de cometas, que erraban por los cielos nocturnos del verano, aquellos veranos que hacían de mi cuerpo, otro cuerpo desconocido. También había inte-

ese mismo sueño, llegaba el libro de manos del hombre lunar, y yo lo abría —la superficie de una media luna resplandecía, y yo me había sentado a la sombra rojiza del sol que descendía— y pasaba, una a una, sus páginas de piedra. Eran grises, de contornos irregulares, y tenían fijadas las letras sobre sus superficies rugosas, tramando frases imborrables y eternas. Intentaba leerlas, pero el idioma era extraño. No podía reconocer ni uno solo de sus signos. Tenía en mis manos lo que yo había deseado, el libro de las respuestas, pero no podía entenderlo. Como sucede con las cosas que se logran des-

zo derecho hizo un gesto amplio, abarcador. Luego, con la mano izquierda indicó la página de piedra. Allí estaba todo, me dio a entender, pero no debía ser comprendido por los humanos. —¿Hay que vivir sin comprender? —le pregunté con desilusión. El hombre de la luna asintió, en tanto realizaba una serie de movimientos de marcha con sus largas piernas plateadas. De pronto, se detuvo y me ofreció ambas manos, palmas arriba. Uno tenía que atravesar la vida paso a paso, sugirió, en la dimensión incógnita hasta llegar a los umbrales de la muerte. Allí estarían esperándole el cono-

vendrán de todos los secretos LA LUNA

rrogado a los árboles goteantes de la lluvia respecto de mi necesidad de obtener respuestas. Había estado pidiendo un texto que me explicara todas las cosas que ignoraba, un texto que me dijera de las razones ignotas (aquello inescrutable de la muerte y del amor, aquello impronunciable del egoísmo, la ambición y la locura), un libro que le hablara a una parte secreta de mí misma que nunca tenía voz.

Recuerdo que en el sueño la figura del cosmos, delicada, estaba tejida en arabescos espiralados que regresaban cíclicamente a su centro para repetir, en otra escala, una rotación dolorosa y perpetua. En

pués de un gran esfuerzo, yo aprendía cuán imposible puede ser lo posible.

El hombre de la luna, impertérrito, aguardaba, a mi lado.

—Explícame —le dije. —Enséñame —le pedí.

Hizo una serie de gestos de disculpa con sus extrañas manos, y esperó.

—Háblame —le rogué. —Dime alguna cosa —le ordené.

El hombre de la luna señaló su boca muda, su lengua sellada.

—Entonces, muéstrame algún signo, alguna pista —dije ya exhausta.

El hombre raro de la luna miró la lejanía —era una lejanía plana, de horizonte curvo, pero no había ni un mar ni un cielo— y con su bra-

cimiento y la comprensión total. Todo aquello que antes había sido interrogante, dilema y misterio, ahora se iluminaría para uno con la luz total.

—¿Por qué no se nos dio conocimiento en el principio de la vida?, ¿acaso no habríamos actuado como sabios, más prudentes y acertados? —volví a preguntar, y mi voz ya era triste e íntima.

El hombre de la luna inició una sonrisa lenta y sagaz, estirando sus mejillas de hule hacia ambos lados de un rostro sin rasgos específicos. Si todo lo comprendiéramos al nacer, entendí que me decía, no habría en los humanos interés por explorar nada más, no habría pro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR Teresa Porzecanski Escritora uruguaya, antropóloga, investigadora en ciencias sociales

FOTO Gabriel Díaz



pósito de develar ningún misterio, no existirían la curiosidad, la interrogación, la pregunta. Tampoco habría libro, dijo, tampoco luna, concluyó.

Desperté en mi cama: eran las cinco de una madrugada de comienzos de la primavera y yo iba a cumplir doce años. Por la estrecha ventana de nuestro apartamento del tercer piso se hacían lugar los rayos de un sol tímido, apenas templado. El pedazo de cielo que veía con los ojos recién abiertos era un trapecio con nidos de nubes enredadas. Lo miré sin interés hasta que algo me llamó de repente la atención: se trataba de la extraña forma de las nubes, dibujadas contra el cielo anaranjado del amanecer. Para mi sorpresa, el perfil, la cabeza, todo lo de él estaba allí. El hombre de la luna que yo había soñado estaba allí, colgado en el cielo, construido por cúmulos de nubes ensangrentadas, y me miraba fijamente, en sus manos el pesado libro que yo había hojeado durante el sueño.

Lo contemplé azorada, creí ver en su ceño adusto un gesto de reproche por mi falta de fe, mi rebeldía gratuita, la osadía de creer que se me debían las respuestas. Cerré los ojos entonces y quise regresar al sueño. Fue cuando sentí una súbita inundación entre las piernas, líquida y cálida, espesa y densa. Al tocarme, mi mano regresó manchada y roja. Un lugar profundo de mí había empezado a sangrar y yo cumplía doce años ■

Pasión



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Leopoldo Brizuela** Escritor. Su último libro es "El placer de la cautiva"

FOTO **Daniel Muchiut**



Salimos muy temprano, estaba silenciosa la ciudad chata y blanca bajo el sol blanquísimo del Chaco. Ibamos, vos y yo, felices, pero también silenciosos en el auto que atravesaba barrios de perros flacos y polvaredas. Es raro pensar que, ese último día, estábamos felices. Pero si como siempre nos sentíamos huyendo y en secreto, era evidente que esa tierra también tenía un secreto.

—Pero ellos son los más silenciosos —me habías dicho la noche anterior, cuando me tendí a descansar del largo viaje. —Ya vas a ver cuando lleguemos a la isla.

Habías nacido y crecido en la llanura que dejábamos atrás, entre esas nobles cosas rurales que ahora me señalabas como quien hace un regalo al forastero. Pero yo, en lugar de asombrarme, al descubrir, *reconocía*. Si miraba uno de esos pájaros enormes, solitarios, pescando en una charca, y después te miraba, veía que eran iguales su silencio y el tuyo, una idéntica manera de estar contento y de callar. ¿Y no era ese el mismo silencio en que nos habíamos conocido más de diez años antes, yo que salía de cantar en un boliche y vos que volvías aturdido de una fiesta, los dos ya resignados a otro domingo asfixiado de silencio? Empezamos a caminar juntos —me dijiste *¿desde cuánto tiempo antes andamos juntos sin saberlo?*— y yo también sentí que tus pies, tus brazos, tus ojos, tu boca, cada movimiento de tu cuerpo desesperado eran las palabras de un relato secreto, un relato que yo siempre había querido conocer. Y

mi pasión fue el deseo de *leer tocando*. Quedamos en encontrarnos, al otro día, en mi casa de Buenos Aires, y ya empecé a sentir que sólo por esperarte mis cosas y mi historia adquirirían su sentido, que yo mismo era un personaje al que ibas a nombrar con tus abrazos. A otros les había abierto esa misma puerta como se abre un libro. Pero desde que entraste y empezaste a hablar, en cambio, no fui más que la página en blanco. *Contame algo del Chaco*, te pedía, a la semana siguiente, en tu casa de campo, en las afueras de La Plata; y recuerdo que afuera ya había plena luz cuando terminabas de hablarme de esta tierra, y que un pájaro carpintero picoteaba la viga que protegía la cama en donde, por fin, nos dormíamos, mi sueño confundido con el tuyo y los dos con el pasado, y las familias afuera despertaban a un futuro siempre igual.

—*Tres Isletas* —anunciaste ahora, de pronto, diez años después. Y el camino viró y pasó bajo un arco y empezó a flanquearse de familias idénticas. Cuando escapamos de allí me explicaste que las “tres isletas” eran tres montecitos que daban sombra en medio de la llanura. Y yo pensé que en verdad todos tenían algo de naufrago en aquel confin de la patria, aferrados a esos ritos tan precarios y absurdos como al mástil de un barco que flota caído al agua, un barco tan antiguo que ya casi no podemos recordar.

Y en verdad, después de Tres Isletas nuestro auto empezó a cruzar un páramo virgen como un mar, un

mar de silencio mucho más grande que cualquier pueblo y cualquier plaza y cualquier rito, y el mismo camino se hizo de tierra y empezó a dar vueltas y a borrarse en ciertos tramos como si vacilara. Y aunque ya no me señalaras nada de la selva que poco a poco nos rodeaba (sólo me sonreías de vez en cuando, como para comprobar que estaba allí, porque "a esto sólo puede sobrevivir en compañía"), al mirar yo aquella soledad, también, *reconocía*, también yo había estado aquí, por vos, muchas veces, cuando al fin volviste al Chaco y yo me mudé a La Plata, como llegado a buscarte al lugar que habías dejado. También yo había sido ese pájaro que aullaba entre la fronda o aquel zorro —*mirá, amor, mirá*— que agonizaba, picoteado ya por cuervos a un lado del camino. ¿Y por qué habías querido que yo fuera siempre tu secreto y que vos fueras el mío? ¿De quién nos defendías, a quién defendías de nosotros, y a quién obedeciste, en cambio, cuando ya no volviste más? Y al mismo tiempo, ¿no había sido por miedo de quedar solo en medio de esta selva que no te dejé nunca, que seguí contándome en secreto una y otra vez aquella historia tuya, aquella historia nuestra, huyendo de todo el que pudiera desmentirla, huyendo también de vos, amor, como un personaje que escapó de un cuento por miedo del final y vaga por el mundo esperando que un día el autor comprenda y se arrepienta y cambie su destino? Al fin y al cabo, cuando el secreto me asfixiaba y tra-

taba de contárselo a un cuaderno, no recobraba yo tu lengua y tus relatos, sino otra lengua antigua que ni siquiera sabía que tenía, una lengua de barcos y muelles y partidas que era la de mis antepasados, como si ellos te hubieran puesto en el muelle final, como si ellos me confirmaran ahora que eras mi destino.

—Ahí está. La isla donde viven los tobas —me dijiste de pronto, y yo alcé la vista y vi, por fin, el río Bermejito manchado de camalotes, y la isla de selva tupida, y en la otra orilla, la balsa manejada por un solo indio rígido: uno de "los dueños del secreto", como solías decir. —Viene a buscarnos, como si nos esperara. Y está vestido de gala, porque hoy es el día. "Fijate", dijiste mientras nos acomodábamos, agotados y ansiosos, en el embarcadero, "nunca quita la mirada del río, porque allí viven sus muertos y sus dioses, allí vive 'la gente de la profundidad'". "Pero si ahora nos viera", pensé, "él que es dueño del secreto, ¿nos reconocería?" ¿Habría visto en vos al hombre que al fin había *comprendido* su historia, y con su historia la mía, pero cuando ya era demasiado tarde, el que me había llamado para decirme que ya nada en el Chaco era como me había contado y que quería escucharme a mí porque si no se suicidaba? Y si el indio me mirase, ¿vería en mí a quien había corrido a tomar un avión para calmarte como se calma a un chico en medio de las ruinas de sus propios relatos, luchando por no bendecir esa derrota tuya y la posibilidad de ayudarte, y luchando

después por no saberte en ruinas? "¿Por qué da miedo el silencio del monte? ¿lo pensaste?", me preguntaste entonces, mientras la balsa ya alcanzaba, lentamente, el medio mismo del río. "Porque sentimos que el monte *sabe*, pero esa sabiduría es su secreto, y que callando nos priva de su sabiduría. Pero el silencio del monte es el silencio del que escucha. Cada árbol, cada hiedra, cada animal, cada ola escuchan al fondo de sí la voz de la semilla; ¿y el deseo de vivir es el deseo de escuchar dentro de sí, el sueño más profundo que lo hace crecer, uno en el todo?"

La balsa había atracado. Y aun antes de zarpar a esa isla del secreto, cuando imaginé de golpe nuestro reflejo sobre el río, comprendí también que nuestra historia era el pretexto para escuchar al fondo de mi vida mi sueño más profundo; que me importabas menos que descifrar mis propios sueños: no cabía imaginar mejor revancha y sin embargo, no lo era. Comprendí que ahora, en la isla, aprendería a cantar con esta voz de río que golpea el árbol, de árbol que susurra por sus hojas, de pájaro que canta entre la copa: traduciendo el ritmo que los hace vivir, que al fin, ahora, dejaría de callar. Porque los sueños verdaderos son siempre los secretos, y sólo los conocemos cuando podemos ya cantarlos, cuando se han convertido en vida y acaban de morir. Puse el pie en el muelle del final y comprendí que éramos libres. Y que ahora podíamos empezar a separarnos ■



3 PUNTOS ES UNA PUBLICACIÓN COMPROMETIDA CON LOS TIEMPOS QUE CORREN. POR ESO DISPONE DE UN STAFF CAPACITADO PROFESIONALMENTE PARA ANALIZAR CADA TEMA CON LA EXPERIENCIA PERIODÍSTICA QUE LOS LECTORES MERECEN Y ESPERAN.



PERIODISMO EN SERIO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

esos SUEÑOS DE *mi* HERMANO

Parece mentira, lo sé, pero hubo un tiempo en que mi hermano soñaba exactamente lo mismo que había vivido de día. Era como si alguien filmase su actividad diurna para proyectársela en las noches, inalterable, minuciosamente igual, hasta el detalle más nimio. En suma, mi hermano vivía cada jornada dos veces: una siendo el protagonista a conciencia y otra, por así decirlo, como espectador durmiente.

"Mis sueños son ecos perfectos", sostenía, desconsolado. "Ecos que

recompensan o castigan mis actos del día." Yo no podía coincidir con esta idea que me resultaba moral y fatalista pero entendía, sin esfuerzo, su sentir: toda vez que mi hermano había tenido un día satisfactorio, se alegraba porque le esperaba un grato sueño; toda vez que había tenido un mal día rezongaba: "Lo peor es que me toca revivirlo". A tal extremo esto era así que, después de una de esas *jornadas negras* que cualquiera desearía desterrar de su memoria, mi hermano resolvió pasar la noche en vela; pero de nada le sirvió el ardid

porque al caer dormido a la noche siguiente soñó con los dos días consecutivos, incluido el intervalo del insomnio.

Alarmado por este mal, harto de no poder servirse de las noches para apartarse siquiera un poco de su existencia cotidiana, mi hermano consultó a psicólogos y médicos. Hasta corrimos a ver a una mentalista llegada de Nepal, cuyos servicios se ofrecían desde las páginas de un diario levemente sensacionalista. La mentalista, una tal Señora Pi, ocupaba un hotelucho

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Eduardo Berti** Escritor. Es autor de "Los pájaros", "Agua" y "La mujer de Wakefield"

FOTO **Valeria Burrieza**



derruido, cerca de la zona del puerto. No tenía aspecto de extranjera ni de mentalista pero hablaba una lengua indescifrable, sospechosamente semejante al guaraní, y se comunicaba con la clientela por intermedio de un hombre ojeroso y flaco que pronunciaba el español como si fuera oriundo de Cuba. La mentalista —si hemos de creerle al asistente y traductor— contó que había tratado tiempo atrás un caso opuesto: el de cierta mujer obesa que irremediablemente soñaba con los días por venir. Habían estado “traba-

jando su aura” a lo largo de seis semanas. Tantas horas dedicaban a estos *trabajos*, de los cuales la Señora Pi no quiso soltar detalle, que a la postre la pobre mujer soñaba únicamente con las largas sesiones por venir.

A cambio de dos kilos de bananas y de tres pollos comprados en una rotisería del vecindario —la Señora Pi no aceptaba dinero— salimos del hotel esperanzados, con un principio de solución. “El hombre debe dormir en sentido inverso en la cama. Si no funciona, dar vuelta la

cama. Si no funciona, dar vuelta el colchón. Si no funciona, probar con todas las combinaciones posibles entre hombre, cama y colchón en uno u otro sentido”, decía una hoja manuscrita por el cubano, cuyo nombre era Rodolfo y cuya firma, estampada al pie de las minuciosas instrucciones, remedaba en algo su cara: la “l” y la “f” eran esbeltas, casi escuálidas; la tinta se había corrido bajo las “o”, dibujándoles tres especies de ojeras.

Así puesto, el menú combinatorio parecía inagotable. De inmediato

comprendimos, sin embargo, que eran sólo dieciséis las alternativas, considerando las cuatro posturas posibles del colchón, dos boca arriba y otras dos boca abajo:

Hombre	1-2
Cama	3-4
Colchón	5-6-7-8

Lo que arrojaba:

1-3-5, 2-3-5, 1-4-5, 2-4-5, 1-4-6, 2-4-6, 1-3-6, 2-4-6, 1-3-7, 2-3-7, 1-4-7, 2-4-7, 1-3-8, 2-3-8, 1-4-8, 2-4-8

Agotadas estas posibilidades, visto que mi hermano seguía con sus sueños que eran pura *mimesis*, concluimos que la cura no era tan fácil tal vez porque, a diferencia de aquella mujer obesa que soñaba por anticipado, mi hermano no se veía a sí mismo en acción. Por el contrario, en sus sueños el punto de vista era *subjetivo*, si vale llamarlo así: él escuchaba su voz, él veía moverse sus manos, veía su torso y sus brazos, sus piernas e incluso sus pies, y si en el camino encontraba algún espejo veía su rostro cabalmente reflejado aunque —detalle entre poético y curioso— siempre con los ojos cerrados.

Ni una segunda mentalista que hablaba pestes de la Señora Pi ni un pseudopsiquiatra heterodoxo que atendía en un viejo bar de Corrientes supieron socorrer a mi querido hermano. De a poco, presa de la resignación, él comen-

zó a apreciar lo bueno del fenómeno. Si tenía una conversación muy complicada, si olvidaba un detalle primordial, si enfrentaba un entuerto difícil de resolver, allá estaba su sueño para refrescarle lo ocurrido como un oportuno videotape que repite los goles o echa luz sobre las jugadas dudosas. Sus compañeros de trabajo, sobre todo sus superiores, admiraban eso que tildaban de "notable concentración" o de "extraordinaria memoria". Ignoraban que mi hermano trabajaba el doble que ellos sin cobrar por eso ni una hora extra.

Nadie aún puede explicarse cómo ni por qué, luego de tantos tratamientos inservibles, mi hermano comenzó a sanar sólo en cuestión de pocos meses. Me atrevo a describir ese proceso como una "liberación gradual": por más que los actos del día seguían siendo el eje central de sus sueños, él se apartaba noche a noche un poco más de lo verídico. Primero alteraba minúsculos detalles; más adelante fue intercalando, entre los hechos reales, otros que eran lejanos porque habían ocurrido un buen día que no era la víspera; finalmente llegó la etapa de la invención y sus sueños, de forma paulatina, fueron poblándose de escenas y de actos inexistentes, fruto de su sola imaginación.

Cada mañana, a la hora del desayuno, mi hermano nos contaba a mi madre y a mí acerca de esas di-

minutas victorias sobre la vida ordinaria. Sus relatos crecían a paso firme, conforme él iba soñando más sucesos ajenos al día previo. Luego, a medida que los sueños se volvían más personales, mi hermano empezó a exhibir un pudor inédito y pareció invertirse la situación: lo que nos relataba al despertar no correspondía ya al terreno creciente de lo novedoso, sino al dominio decreciente de lo sucedido en la víspera. Hacía pensar mi hermano en un enfermo que, arrancándose un dolor, da cuenta de cómo este disminuye palmo a palmo hasta volverse imperceptible.

Cinco semanas pasaron hasta que llegó su primer "sueño autónomo", que no guardaba ni la menor relación con lo vivido en la jornada precedente. Recién allí, entre gestos victoriosos, mi hermano se dio por curado. Compramos una torta, un botellón de sidra y nuestra madre —aficionada a los discursos repletos de latiguillos— propuso un brindis por esos sueños que "de ahora en adelante ya no sabrán de fronteras". Pero a partir de la mañana venidera mi hermano ya no pudo relatarnos nada; amanecía ahora con la memoria en blanco; murmuraba que los sueños se escurrían entre sus dedos. Pronto lo oímos sentenciar con amargura: "Tanto alenté su autonomía y ahora, qué premio más irónico, he acabado por perderlos" ■

LE MONDE *«el Dipló»* diplomatique

Una voz clara en medio del ruido

¡Suscríbese!



Las ediciones internacionales de *Le Monde diplomatique* suman 955.000 ejemplares mensuales a los 300.000 de la versión original francesa. En total, 1.255.000 ejemplares. Existen además varias direcciones del «Dipló» en Internet. Se trata de una experiencia única en la prensa mundial: una publicación disponible simultáneamente en doce lenguas y diecinueve países. Mediante el tratamiento de temas a cargo de especialistas de todo el mundo, *Le Monde diplomatique* otorga una dimensión inédita al debate de ideas: información documentada, análisis rigurosos –apoyados en referencias bibliográficas e indicación de fuentes– abarcando los aspectos políticos, económicos, sociales, culturales y ecológicos de cada asunto. En Argentina, Chile y Uruguay, diversos especialistas agregan sus análisis, investigaciones y propuestas sobre la problemática local y regional, en particular del Mercosur.

En plena mutación de la economía y el comercio mundiales, *el Dipló* rechaza el «pensamiento único» y el conformismo, ofreciendo a sus lectores un espacio para pensar y debatir los desafíos que enfrentan el planeta y las distintas regiones del mundo.

Le Monde diplomatique: una voz clara en medio del ruido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ahora editado en Argentina,
para el Cono Sur

Le Monde diplomatique
Director Carlos Gabetta
Gerente Comercial Dante Voccia

Acuña de Figueroa 459
1180 Capital Federal
teléfono conmutador 4866 1881
teléfono directo 4864 3692
fax 4861 1687
email secretaria@eldiplo.org

Suscripciones:
teléfono 4864 3692
fax 4861 1687
de lunes a viernes de 10 a 18 horas
Info-dipló en internet:
www.eldiplo.org



adiós, GUITARRA *cruel*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Pedro Mairal** Escritor, autor del libro "Hoy temprano"

FOTO **Clara Maclean**

Yo soy un músico "para adentro". Hay gente que es escritor "para adentro", o cineasta "para adentro", incluso hay bailarines "para adentro". Un amigo, en una fiesta, le preguntó a una chica, que estaba sentada, por qué no bailaba, y ella le contestó que *estaba bailando*, pero "para adentro". La entiendo muy bien. "Para adentro" uno tiene mucho más swing y todo sale mejor.

Pero yo alguna vez quise ser un músico "para afuera". También, alguna vez, quise tener la pinta de James Dean y tuve que conformarme con esta traza de Shaggy, el dueño de Scooby Doo; pero a ese tipo de sueños tan evidentemente imposibles basta la realidad del espejo para deshacerlos. Los sueños difíciles, pero no imposibles, en cambio, se deshacen a fuerza de humillaciones, desencantos y fracasos; nadie aparece para decirte claramente "pibe, dedícate a otra cosa". De eso tenés que darte cuenta solo.

A los catorce años empecé a tocar la guitarra. Mi madre me enseñó algunos rasgueos y acordes, algunas zambas. Después empecé a sacar de oído las canciones que me gustaban. En mi cancionero amarillento quedó registrado el camino sinuoso que hice a lo largo de diez años: José Larralde, Atahualpa Yupanqui, Sui Generis, Silvio Rodríguez, Cafrune, James Taylor, Simon & Garfunkel, Pink Floyd, Fito Páez, Jobim, Caetano Veloso, Joao Gilberto. Sobre todo, más que cantar y componer, yo quería ser un gran guita-

rrista. Escuchaba, una y otra vez, grabaciones de conciertos para guitarra. Sacaba los fragmentos más sencillos. Trabajaba mucho, me gustaba. Trataba de imitar la honra de Yupanqui, ese sonido profundo y puro; la perfección de Narciso Yepes en el *Concierto de Aranjuez*; la velocidad de Paco de Lucía en *Una noche en San Francisco*. Durante la adolescencia, en general, la gente te tiene paciencia; después de todo, estás aprendiendo y tenés derecho a no sonar demasiado bien. Pero más adelante, pasados los veinte, la indulgencia de los oyentes se va agotando.

Con todo se notaba que yo quería demostrar que tocaba la guitarra. En inglés la palabra "player" significa tanto "jugador", como "instrumentista" o "actor". Como si el "player" fuese un canal a través del cual pasan el juego, la música y la obra dramática. Yo no lo entendía así. Entenderlo, tiempo después, me llevó a tocar un poco mejor, pero no bastó.

Me acuerdo de tres momentos poco felices, relacionados con mis aspiraciones musicales. El primero fue una Nochebuena, cuando tenía 17 años. Entre familiares y amigos achispados con la sidra, mamá me pidió que tocara algo en la guitarra. Me hice rogar pero después acepté. En medio del atento silencio empecé a tocar una de mis versiones simplificadas de Bach, sacada de oído. Me enredé un poco y pifíe claramente. Pedí disculpas y empecé de nuevo. La gente asentía, pero

en cada pifíe hacían una mínima mueca de esfuerzo, como si les diera una puntada en algún lugar del cuerpo. Me puse muy nervioso y me enojé conmigo. Sonó todo muy mal, a tal punto que casi no se podía reconocer la melodía que estaba tratando de tocar. De golpe todos aplaudieron. "¡Van a ser las doce!", dijeron. Yo guardé la guitarra.

El segundo momento fue en 5º año del colegio, durante una competencia de música. Habíamos estado ensayando tres veces por semana con algunos amigos, tratando de armar una banda, en el garaje del tecladista. Yo tocaba con una guitarra eléctrica prestada. En un par de temas, las chicas hacían un coro. Había que tocar sobre el escenario, frente a todo el colegio. En el primer tema, el cantante empezó fuera de tiempo y, cuando se dio cuenta, pidió que cortáramos y empezáramos de nuevo. Se hizo silencio y se oyó la risa de hiena de un compañero de curso que estaba sentado entre el público. Todavía me acuerdo de su nombre, pero no lo voy a decir (encabeza una lista secreta que tengo en el cajón de mi escritorio). Digamos solamente que en la competencia salimos cuartos y había cuatro bandas.

El tercer momento fue en un asado en la casa de una amiga de la facultad. Después de comer, surgió la infaltable guitarreada. Yo toqué bastante bien, de hecho me acuerdo de que una chica, que no sabía que yo tocaba la guitarra, en un

momento dijo "qué lindo". Envalentonado, decidí animarme a cantar. En las últimas estrofas (no estoy exagerando) los perros del patio empezaron a ladrar y a aullar como sufriendo. Fueron más que elocuentes. Nadie trató de ignorarlos y la cosa ya no se pudo remontar.

Con ese tipo de golpes se fueron debilitando mis sueños. No me daba para gran guitarrista, ni siquiera para entretenedor de cumpleaños. Después de tocar en alguna reunión me sentía mal, como cuando uno sale de una cena afligido por haber hablado de más, sentía que me había expuesto innecesariamente, como si la gente me hubiera estimado y respetado hasta el momento en

ron a cerrar una puerta que me permitió abrir otra. Una puerta que se había empezado a abrir con esa manía de anotar las letras de las canciones en el cuaderno. Ese trabajo que me enseñó las estructuras de las estrofas y la métrica de los versos. Gracias a esa escritura en columna me animé a ir intentando mis propias letras y, más adelante, pude enfrentarme, sin desconfianza, con un libro de poemas que encontré en casa: *Los versos del capitán*, de Neruda. De a poco la guitarra se fue silenciando y fue quedando sólo la palabra, sin música de fondo, pero con una profunda música propia que se me quedaba resonando dentro. La guitarra funcionó como un puente

esas fiestas suspendidas por la lluvia; esas cosas que no pudieron ser, como el mar de la gente que murió sin ver el mar, cosas que están en nosotros como está la música guardada en un instrumento abandonado. Pero no quiero ponerme melancólico. Ya descubrí que lo mío no es el "en vivo y en directo". Estar creando yo mismo el tiempo unánime de la música me pone nervioso. Por eso me dedico a inventar un tiempo propio. Un tiempo donde puedo corregirme, volver atrás y hacerlo mejor. Cuando uno toca un instrumento, lo que sale es el único borrador posible, no hay vuelta atrás. En cambio, con las palabras y la página, los borradores pueden

en las últimas estrofas los perros del patio empezaron a aullar como sufriendo

que había tomado la guitarra.

De todos modos, me doy cuenta de lo importante que fue para mí ese aprendizaje. Cuando algún sábado pongo un disco de Yupanqui, me doy cuenta de que estoy hecho de eso. La soledad de mi adolescencia está hecha de un puñado de canciones que eran mi refugio, mi identidad. Muchas veces no sé explicarme quién soy yo o, incluso, qué es ser argentino, pero cuando escucho esos discos tengo la ilusión de saberlo con certeza.

Quizá debiera agradecerles a las muecas de espanto de aquella Nochebuena, y a la carcajada de mi compañero de colegio, y a los perros aulladores, porque me ayuda-

gracias al cual llegué a la poesía.

Supongo que, así como la naturaleza suele hacer diversos ensayos de los cuales uno solo prospera, del mismo modo, temprano en la vida, nuestra personalidad hace varios ensayos, se estira hacia distintos lados, se ramifica en tanteos vocacionales, hasta decidirse por una dirección. Por eso los adolescentes ocupan tanto espacio y producen cierta inquietud, por esa cualidad proteica que tienen. Son un ensayo de muchos destinos, son pura potencia, son muchos en un solo cuerpo. Lo extraño es adónde van a parar, años después, esos ensayos fallidos; cómo se acomodan dentro de uno todos esos sueños apagados,

ser casi infinitos, uno puede trabajar hasta acercarse, por lo menos, a lo que quería hacer en un principio, y lograr un tiempo que después sucede cada vez que alguien lo lee y lo interpreta.

Igual, sigo tocando la guitarra, pero solo. Ya aprendí a ocultar mi desnudez musical. Cuando no hay nadie, cada tanto, abrazo la guitarra y toco casi para adentro; me hago el Joao Gilberto, encorvado, susurrando, sin querer despertar el sueño grande, pero imaginando un mínimo auditorio de fiesta privada, de reunión. Entre los fantasmas que me escuchan siempre está esa chica que, una vez, mientras yo tocaba, dijo "qué lindo" ■

**SI LE GUSTAN LOS VINOS Y QUIERE DISFRUTARLOS AÚN MÁS,
SÍRVASE UNA COPA Y RELÁJESE
PORQUE LE PREPARAMOS UNA SORPRESA:**



Tintos & Blancos

LA REVISTA DEL BUEN BEBER

**ES LA MEJOR, Y ADEMÁS SE LA REGALAMOS.
PÍDALA EN LAS MEJORES VINOTECAS Y
RESTAURANTES.**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Una iniciativa de



Capital Intelectual S.A.

SALE UNA VEZ POR MES, PRUÉBELA

Los Pravda somos una familia de ilusos. Tantos y tantos ilusos —ilustres como anónimos, soñadores de altura o confundidos rasos— a lo ancho del mundo y a lo largo de la historia, que a veces, como Fernando Pessoa (un Pravda por el lado de su tatarabuela inglesa), siento que no soy nada pero que llevo en mí todos los sueños del mundo. Y sin embargo nunca he podido hacerme ilusiones con la misma impunidad que, por ejemplo, mis tías de Tandil: ellas esperan cada una a su galán, desde hace cinco décadas; cada cual supone que el suyo llegará después que el de las otras (en eso son de una lealtad ejemplar); y en sus ensueños

nombre plateado, no abandonó nunca la ilusión de hacer el gran negocio salvador, mientras las devaluaciones y las aves de rapiña devoraban su candidez y sus reservas. A ese mismo país habían llegado mis abuelos con una ilusión en negativo: huían de la guerra, su ilusión era sobrevivir. Sobrevivieron. Su ilusión era fundar un porvenir sobre la base del olvido: intentaron olvidar ciertas afrentas, cierto idioma cargado de amenazas. Las afrentas regresaron transfiguradas, y la violencia recrudesció sobre ellos y sus descendientes en una lengua adoptiva. No estaban preparados para la guerra que creían haber de-

de poco me ha servido el testimonio de los grandes desilusionados de la familia, que estudié con especial esmero: desde Sófocles —otro pariente, que contó cómo Edipo, al querer burlar al destino, cayó en su celada— hasta mi primo francés, Clément Rosset, un teórico que escribió *Lo real y su doble. Ensayo sobre la ilusión*.

Clément postula que el iluso es incurable: está ciego, "no porque no vea, sino porque no adecua sus actos a su percepción. No se puede 'volver a mostrar' algo a alguien que tiene ya ante los ojos lo que uno se propone hacerle ver". En un momento de *En busca del tiempo perdido*, de mi tío abuelo Marcel, Swann tiene la fugaz revelación de que Odette, su amante, no es una enamorada sino una mantenida —lo que se deduce del hecho de que Swann le pasa una mensualidad—; pero de inmediato su mente se nubla, y el iluso olvida lo que literalmente tiene frente a los ojos, cegado por una "pereza mental, que en él era congénita". Rosset define tentativamente esa pereza mental: "Un arte de percibir acertadamente, pero eludiendo las consecuencias". Como diría otro pariente mío por el lado de los Fernández, mi buen tío Macedonio: la ilusión es hacer "esperar en el umbral a la Realidad." Incurable, congénita y sin duda hereditaria. Mis antepasados más remotos conocidos, unos griegos perdidos en la prehistoria familiar, se pasaron buena parte de sus vidas metidos en una cueva, contem-

plados y románticos se ven invenciblemente jóvenes. No se piense que se trata de unas locas: como todos nosotros, simplemente hay una evidencia a la que no se rinden, lo que no deja de tener su costado admirable.

En otra rama de mi frondoso pedigríe hubo también un tal Fédor, jugador empedernido. Su caso ilustra lo que podríamos llamar el sistema de la ilusión: el tipo esperaba que una escalera real lo sacara del subsuelo; mientras se hundía irremisiblemente en la miseria no dejaba nunca de soñar con la próxima chance. Mi padre repitió ese sistema en un ámbito distinto al de las apuestas: pequeño industrial "honesto" en cierto país de equívoco

jado atrás. Nadie está preparado para la guerra, aunque la anuncien espesas nubes negras en el horizonte. Eso intentaban enseñar antepasados míos como Esopo, que compusieron historias de oráculos: la ilusión tiene tal poder negador que cuando lo predicho por fin acontece, igual resulta inesperado.

Como escribió en la pared otro pariente que pasaba una temporadita en el Borda: "En el país de los ciegos el tuerto está preso". Es cierto que no puedo entregarme tan ciegamente como los miles y miles de ilusos que me precedieron, pero un poco de visión no basta: sólo enturbia las primeras dulzuras, sin ahorrarse las amargas del final. Así que

UNA familia ESPECIAL

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR Ariel Dillon Periodista y escritor

FOTO Gabriel Díaz



plando lo que para ellos era el universo: en realidad las sombras que proyectaban en la pared los dedos de un bromista, que se había instalado en la puerta de la cueva y se entretenía con el engaño (algún idiota probablemente). De aquel mundo ilusorio vino a sacarlos mi tío Sócrates, hijo pródigo que regresaba de recorrer el mundo, según él, sin haber aprendido nada. Parece que el tío ahuyentó al idiota y el espectáculo del mundo cesó de repente, para perplejidad de todos y aburrimiento del pequeño Platón, que estaba entusiasmado con la sombra de un conejo que perseguía una zanahoria. Uno a uno,

prueba que la ilusión es además contagiosa. Con el paso de los años y con la diáspora de los Pravda por el mundo, no faltó quien se pusiera a adorar a aquel idiota productor de sombras, dándole los nombres más diversos. Tampoco faltó el desilusionador que lo ahuyentara otra vez, rajándole una buena blasfemia. Mi tío William del condado de Avon, por ejemplo, un socrático hecho y derecho, de a ratos alegre pero más amargo que la cicuta, rezongó: "La vida es un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y de furia, que no significa nada". Tío Will se dedicó al teatro, no de sombras precisamente, por-

ilusión, alentada por sus miles de millones de sobrinos.

Es hora de reconocerlo: las esclarecidas advertencias de mis ancestros no me ayudaron a hacer dieta de ilusiones. Como dijo mi tío Calderón, "yo era un tonto, y lo que he visto me ha hecho dos tontos". Ahora mismo me encuentro en plena fiebre y, lo que es peor, no quiero curarme: iluso entre los ilusos, me he enamorado perdidamente; lo que significa que el mundo "real" ha pasado a un modesto segundo plano: yo vivo en la más dulce, en la más intensa de las cavernas. Esta ilusión hace la vida infinitamente interesante y colorida,

a criatura más bella, nacida para mí, duerme en mi cama mientras escribo

medio ciegos de tanto no ver y tambaleantes, fueron saliendo y comprobando lo extendido y coloreado que era ese otro aposento de la cueva, bajo un techo de luz y rodeado de simpáticas colinas y un mar azul, azul. Infiero que las fuerzas de la ilusión no tardaron en reorganizarse: a partir de una ocurrencia del tío Plat, los primeros Pravda concluyeron que el mundo que percibimos es ilusorio, y que el real está hecho de ideas. Lamentablemente, una indigestión mortal impidió a Sócrates explicarles que las cosas eran justo al revés. De allí, me temo, surgieron un montón de ilusiones que nunca se disiparon del todo: el más allá, la vida eterna y, más acá, la revolución. Lo que

que se le daban mejor las palabras. Pero la ilusión resiste. Y tal vez tenga buenos motivos: puesto que todos vamos a morir, ¿se nos puede reprochar la tácita fe en que la gran Aguafiestas no nos llame justo hoy? Es la ilusión tipo freezer, también denominada Walt Disney. Por eso Macedonio era indulgente al afirmar: "Sin Fantasía es mucho el Dolor. Se hace, más de lo que es, fantástico." Él proponía el "idealismo absoluto", cruza de Parménides con Calderón de la Barca: "El Ser es porque es un sueño", decía. Al contrario, mi tío Siddharta, que vivió en la India, también decía que todo es ilusión, pero presumía de haber escapado a lo ilusorio (es decir, a todo): tal vez sea apenas otra

vuelve las percepciones vívidas, significativas.

La criatura más bella, nacida para mí, duerme en mi cama mientras escribo esta confesión; y las sombras bailan a nuestro alrededor como odaliscas. En el sueño que ella sueña —estoy seguro— debo ser el más bello de los hombres que hubo y habrá, el más viril, el más bueno y más valiente. Confío en que no nos despertemos nunca.

Para mal o para bien, la ilusión ha sido siempre el motor de la vida de los Pravda. Tal vez porque hace mucho tiempo renuncié a la ilusión de convertirme en un escritor original puedo darme el lujo de hacer más las palabras de mi tío Gustave: la familia Pravda soy yo ■

diciembre canal(á)

Noticias, música y tacos.



Juan Carlos Baglietto y Lito Vitale.



Enemilímetros en México.

Baglietto-Vitale

DOMINGO 9 y 30 DE DICIEMBRE A LAS 22 HS.

Un espectáculo con mucha química. Todo el talento y el carisma de Lito Vitale y Juan Carlos Baglietto, en la presentación de su último trabajo discográfico, "Qué más hacer en esta tierra incendiada sino cantar".

Enemilímetros en México

VIERNES A LAS 23 HS.

Ya tenemos las fotos del viaje. Revelamos nuestros contactos mexicanos. Enemilímetros voló a México para mostrarle una panorámica sobre la actualidad fotográfica del DF y encontrarse con todo el arte y los trabajos de sus mejores fotógrafos.

Canal (á) noticias

LUNES A VIERNES, A LAS 21 HS. EN VIVO.

El único noticiero de artes y espectáculos de América Latina. La estructura periodística más importante del continente. Informes, coberturas especiales, móviles y corresponsales en las principales ciudades de Latinoamérica. Con Paula Médici y Juanse Stegmann.

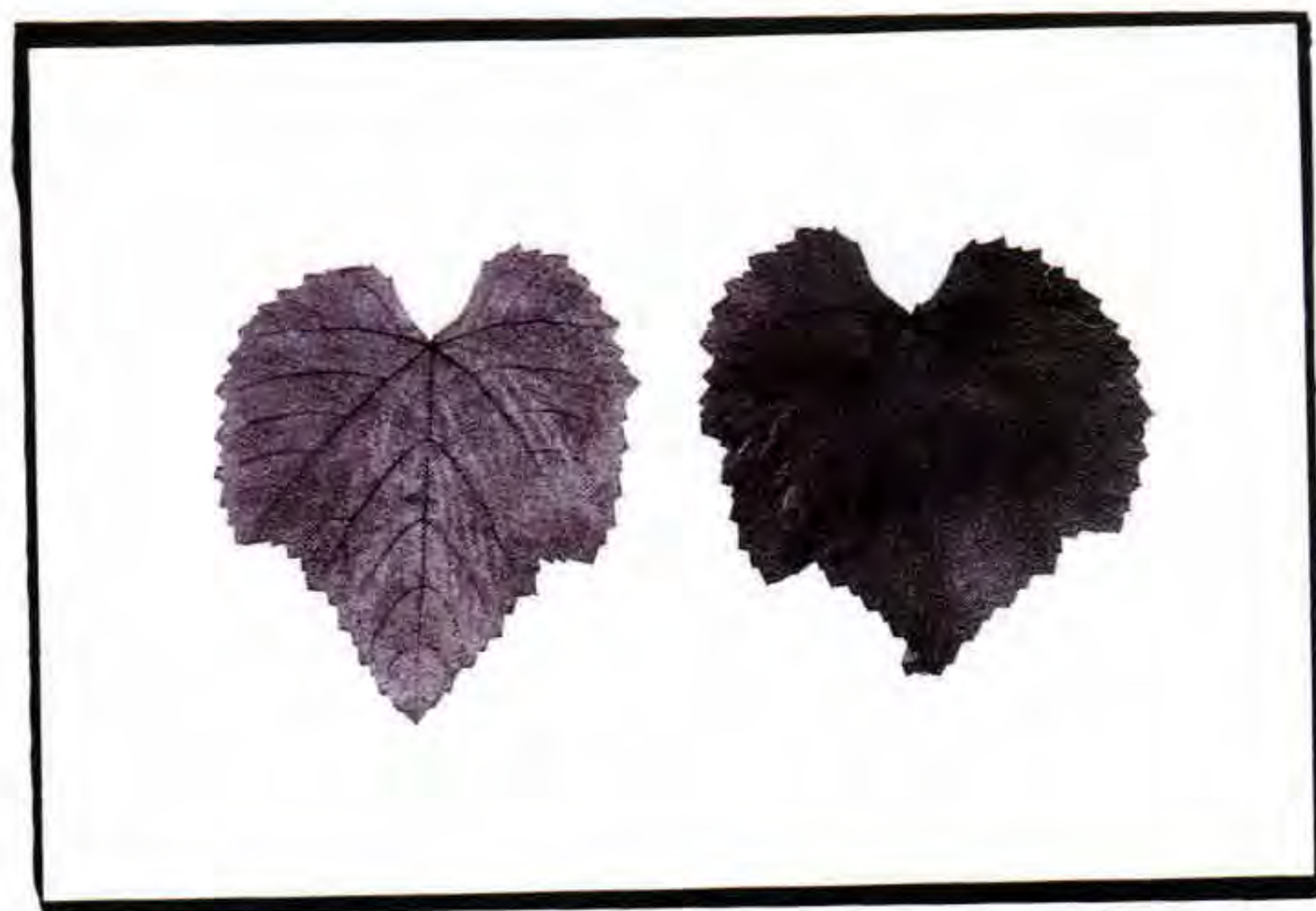


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

arte y espectáculos **américa latina**



que la PENA HAGAS VALIJAS



No te hagas ilusiones, ya sabés cómo es. No, no sé cómo es, contesté mil veces a quien empuñaba esa frase como una navaja para partir en dos algún entusiasmo infantil que prende estrellas en las pupilas. ¿Por qué el entusiasmo tiene siempre ojos de niña? Al fin y al cabo no pedía demasiado. Que salga el sol el día de mi cumpleaños, que se detenga un auto cuando hago dedo, que alguien abra la puerta cuando toco el timbre, que el teléfono suene cuando lo espero, que una estrella fugaz riegue su polvo frente a mis ojos. No, no sé cómo es no hacerse ilusiones, no puedo quitar de mis pupilas ese destello de animé japonés. Raspo la pólvora contra la lija y atisbo lo posible. Que el amor me toque, que la pena haga sus valijas y me abandone. Que aprenda a vivir sin ella como los niños aprenden a andar en bicicleta sin rueditas y conservar el placer intacto de hacerme un ovillo en su costado, como una gata cansada de andar por los tejados. Que no dude frente a la tarea, que me anime como un pescador que enfrenta el océano con su bote, allí

está lo que quiero, allí voy. No te hagas ilusiones, dice la voz cansada de un consejero de medianoche a sabiendas de que el día desnudará las marcas del maquillaje que me hace joven bajo el cielo negro. Pero las ilusiones se hacen solas, nacen entre los escombros de la guerra, hablan en el vientre de los que tienen hambre, habitan los sueños de los que creen que ya lo tienen todo. Podemos estar contando las últimas cosas y, entre ellas, un chispazo; la lumbre de un deseo que recrea el inventario.

Una zanahoria delante del burro, la liebre de metal que hace correr a los galgos, contar las estaciones del tren para acercar un poco más el destino, un globo hinchado de helio que logra esquivar las copas de los árboles y se pierde en el horizonte. La confianza de que a la noche sigue el día y que entonces todo puede volver a empezar. El ánimo se recompone cada vez, perseguidor de ilusiones que remonta la malla gris de la rutina como un barrilete. ¿Por qué no hoy? No hay otra manera de vivir que echando

leña a la caldera de ilusiones para que la máquina siga funcionando. El humo dibuja sus mapas y en ellos se pueden reconocer los tramos recorridos. Estar ahora acá, dar vuelta la cabeza y que la luna me lance su advertencia blanca, caminar descalza para reconocer el espacio, mi casa era una ilusión hasta hace poco. Una que fui alcanzando tramo a tramo, que no se medía por la altura de las paredes sino por todas las cosas que haría cuando ellas me contuvieran como una alegre matriz, hecha a la medida de ¿mis ilusiones? Aquí estoy, estupefacta. Subiendo y bajando la escalera que alguna vez diseñé, ilusionada. Y sin embargo soy la misma, que sigue las letras como a un rastro de hormigas que se desvanece antes de señalar la guarida. Aquí estoy, cortando palos para seguir alimentando la hoguera. Empecinada en volver a la silla, buscando un reflejo en el que pueda reconocerme, exponerme, ser la soñada por mí. Y la otra.

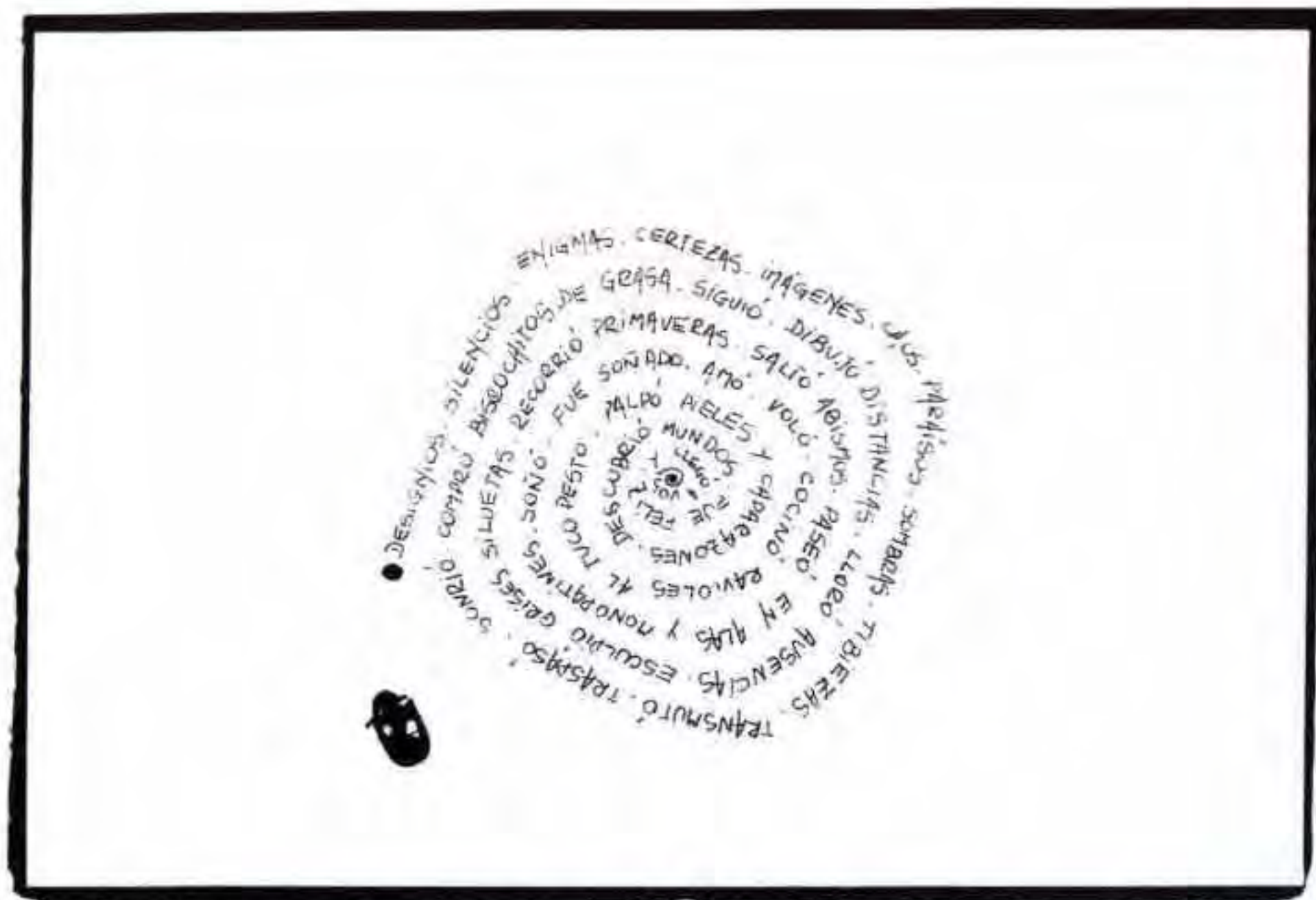
Un tesoro donde nace el arco iris, un amuleto para llamar a la suerte,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Marta Dillon** Periodista, autora del libro "Convivir con virus"

FOTO **Fernando Gutiérrez**



la suerte, un campana para cazar ángeles, el humo del copal para ahuyentar a los fantasmas, una línea de luz sobre el horizonte, al atardecer de un día de tormenta. Una piedra en el bolsillo como un talismán, tres cascabeles que me regaló mi hija, la foto de mi madre como un ángel guardián. Su número de teléfono grabado en mi memoria para llamar en casos de emergencia. La ilusión de que esas pocas cosas son suficientes. Tenerlas y pedir más. Otra vez el hacha al hombro, hiriendo la madera. Una vez tuve la ilusión de encontrarlo y un día me rescató de una fiesta y me llevó de paseo a las nubes. ¿Quién no ha deseado descansar en otro hombro, volver a probar todos los sabores en su compañía, inventar un placer de entrecasa, sin esfuerzos desmesurados, sin olvidar la conquista? Sumergirme sin traje de buzo en las profundidades del otro, él, atenta a lo por venir, a lo desconocido. Ahora tengo la doméstica ilusión de prometerle amor eterno aunque lo único que puedo asegurar es esta mano tendida, esta forma de acomodarnos co-

mo si fuéramos un solo cuerpo, el mismo aire en sus pulmones y en los míos, el hueco de su pecho cuando me contiene. La ilusión ahora, para nosotros, tiene algo de mascarada. Un rito que conforme nuestras ansiedades infantiles, esas que diseñaban ceremonias cargadas de jazmines y promesas por escrito de amarse y protegerse hasta que el destino nos separe. ¿Por qué no? ¿Por qué no ser la otra y abandonar el traje de amazona en el perchero del zaguán durante el instante breve en que vive la ilusión? Y alimentar a mis ancestros y a los suyos con nuevos álbumes de fotos en los que las sonrisas estallan creando la ilusión de la felicidad, estática, para la posteridad. ¿De qué otra cosa se trata la ilusión si no es de crear mundos paralelos? Puntos de láser en el espacio animando seres que deberían caer por la ley de gravedad. Y sin embargo.

De ilusiones también se vive, dice mi vecina pensando que tal vez, algún día, el recolector de basura vuelva a pasar por la cuadra. Es verdad, le digo mientras la veo ca-

minar hacia la esquina con sus bolsas. Son el alimento que mastico antes de parir una palabra, aunque me cueste sostener el silencio el tiempo necesario para madurar lo que quisiera decir. Que se apaguen los pequeños rencores. Que vuelvan a tenderse los puentes que arrastraron las aguas de mis pasiones. Que celebre los encuentros y que no deje de sorprenderme el cielo a campo abierto. Que cada vez espere la luna llena, que siga planeando viajes imposibles, que enuncie ideales como juramentos, que no me importe llorar frente a la acumulación de muertes entre las líneas de tinta de los diarios. Que escuche mi latido como el código morse que dice mi nombre, sólo mi nombre. Que no me importe desprenderme de mis disfraces, que vuelva a apostar. Que me caiga y me levante. Que siga cargando en la espada los palos que alimentarán la hoguera de mis ilusiones. Que cuando se apague vuelva a frotar las piedras para sacar la chispa, el fugaz resplandor que recrea, otra vez, el inventario de estas deseadas, pocas, cosas ■



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Elvio E. Gandolfo** Escritor. Autor de "Cuando Lidia vivía se quería morir"

FOTO **Clara Maclean**

Cada uno considera lo que es ilusión a su manera. Cuando uno la toma como realidad, los demás dicen que uno es "un iluso". Incluso sospecho que hay países y sobre todo ciudades más o menos inclinadas a la ilusión. Recuerdo que cuando hacía ya cierto tiempo que vivía en Buenos Aires (años 94, 95) en uno de los incontables intentos, siempre interrumpidos, de llevar un diario de impresiones, había anotado que Buenos Aires era mucho más ilusionada que Montevideo, y por lo tanto, como consecuencia lógica inevitable, más desilusionada. Me asombraba la velocidad del cambio de ánimo general en lo que parecían ser un par de días, cuando llegaban las eternas crisis económicas (en ese entonces el "efecto tequila").

En mi caso tomo la ilusión como algo prácticamente inalcanzable. Daré un primer ejemplo relacionado con el cine. Una ilusión que tuve, que sigo teniendo, pero para la cual ya perdí toda esperanza de realización era como sigue. Llovía con fuerza en Montevideo, esos días de peste, agua y viento del invierno. La veía con una cámara, que hacía una toma aérea del centro y luego empezaba a zambullirse hacia las grandes letras metálicas del segundo o tercer café Sorocabana, manejada, digamos, con la soltura y genialidad de algún camarógrafo de Orson Welles en sus primeras películas. En el momento en que a través de la "O" metálica se veía mi figura sentada en una

de las mesas, se abarcaba también la calle, por la que una mujer con impermeable de color claro abría las puertas vetustas que daban a la calle Yi. Como la cámara seguía, y la seguía, podía verse que se dirigía a mi mesa, a decirme algo; la cámara pasaba limpiamente por la "O" y al acercarse aún más, el espectador reconocía al instante a Nastassia Kinsky, con rostro angustiado, mientras que el Hombre Anónimo quedaba alelado y empezaba a oírla. Como es lógico nunca tuve la menor idea de qué se decía en ese diálogo. Porque ahí ya pasaba a ser ficción, no ilusión.

lícula: un corto de 12 minutos, que narraba el modo en que un asesino ubica a su víctima, y la elimina. La hicimos con un grupo de amigos: el poeta Hugo Diz era el asesino, el polígrafo Samuel Wolpin, la víctima. Hicimos un guión de hierro, pero había un inconveniente: el video no existía o apenas empezaba. Por lo tanto era en Súper 8, en ese entonces fugaz el medio privilegiado por todos los aspirantes a directores. Había otro inconveniente: desde Rosario la manera de revelar los rollos de Kodak era enviarlos no recuerdo bien si a Centroamérica o Miami. Demoraban meses

te PERDÍ, te VOY A encontrar

Hoy el Sorocabana ha dejado de existir en esa dirección (Yi entre 18 de julio y Colonia), pasó a instalarse frente a la plaza del Entrevero, no tiene letras metálicas tan wellisianas; Nastassia Kinsky es otra mujer, etc., etc. Pero la ilusión, irrealizada e irrealizable, sigue ahí, desde que la cámara toma la ciudad castigada por la lluvia hasta que el primer plano permite saber que la mujer va a hablar, porque toma aire para hacerlo.

Creo que es más correcto citar una ilusión apenas un poco más realizable, relacionada con algo real. También tiene que ver con el cine. Es así: en 1973 realicé mi única pe-

en volver. Hasta cierto punto habíamos seguido rígidamente el guión, que seguía a su vez de cerca el modelo de Hitchcock. Cuando por fin la tuvimos terminada nos dimos cuenta de que algunas astucias habían quedado bien sin revelarse como tales. Por ejemplo, eliminar la menor palabra para evitar la sincronización: en vez de notarse como carencia, quedaba una secuencia de acción ininterrumpida, que en su fluidez (fruto de decenas de horas en el montaje) no permitía detenerse a ver las argucias. Para mayor atorrantez, en el final colocamos un tema de *Las siete esposas de Enrique VIII*, de Rick Wakeman, en

ese entonces aún famoso. La estrenamos y vimos que funcionaba. La enviamos a un concurso local y sacamos el premio de narración. Nos animamos a enviar la copia a un concurso de las islas Canarias, y sacamos otro premio, aunque nos llevó casi un año recuperarla. A esa altura ya iba y venía metida en una pequeña lata, de tamaño Súper 8. En el 76 me fui a vivir (por segunda vez) a Montevideo. La llevé, y obtuvo un premio en otro concurso del Sodre. Cuando en un jurado había críticos partidarios del montaje, corríamos a favor, porque tenía más de 75 tomas en sus breves 12 minutos.

Aquí viene lo que termina por provocar la ilusión actual. Me la pidieron para un festival de Súper 8 que se hacía en Cinemateca. Salí con la latita de metal en la mano, porque la necesitaban urgente. Pero cuando llegué se acercaron al taxi dos de los organizadores y me dijeron que ya no era necesaria. Así que regresé, no recuerdo si al trabajo o mi casa. Unas horas después me di cuenta de que la había dejado en el taxi. Una etiqueta de papel pegada a la lata tenía inscripto mi nombre, dirección y teléfono. Pero nunca fue devuelta. Desapareció.

Ahora entra la ilusión. La cultura de Montevideo ha tenido siempre (aunque ahora atenuado) un centro que es el reciclaje. Hay talleres o especialistas para arreglar cualquier cosa, muchísimas casas de antigüedades, a veces de cosas de apenas 30 o 40 años atrás y otras,

desde luego, cuya antigüedad es cuidadosamente fabricada. Uno de los centros abrumadores del reciclaje es la feria de Tristán Narvaja, cuadras y cuadras en las que no falta casi ningún objeto cotidiano, o bibelot, o curiosidad que alguna vez haya atravesado la realidad.

Llevada una vez más al cine, la ilusión es como sigue. Es un día de sol esplendoroso, salgo caminando desde el departamento de mi hija, rumbo a la feria, cuyo principio (o final) queda apenas a un par de cuadras. Como es día de sol, la cantidad de gente es compacta, cuesta caminar, pero como no tengo nada que hacer, sólo ir a curiosar un par de librerías de viejo, me la tomo con calma, divago lentamente. Por puro divague itinerante me meto en una de las calles laterales (Cerro Largo, por ejemplo), donde se concentran los puestos más heteróclitos, a diferencia de las zonas predeterminadas (frutas y verduras, libros, etc.). Muchos tienen la mercadería tirada simplemente en el suelo: tocadiscos antiquísimos que al menos en ese momento están funcionando; un Mercurio de bronce que por un milagro no está en una casa de antigüedades, a diez veces el precio que tiene aquí; revistas muy antiguas —*Hobby*, *Viva Cien Años*— bastante bien conservadas, y baratas.

Ahí, en esos planos generales que hasta entonces tiene la ilusión, la toma que imita mi mirada paseándose entre los objetos va a seguir pero vuelve. El sol pega en el bor-

de de algo metálico y le saca un brillo. Me digo para mí mismo: "No lo puedo creer". Obviamente es la latita. Miro al tipo del puesto, un veterano despeinado, de pulóver azul. Le pregunto si la puedo abrir, temiendo un amasijo de celuloide arruinado, pegoteado por el tiempo. Me dice que sí, que no hay ningún problema, que la compró en un lote de mercaderías de todo tipo. Me cuesta un poco abrirla, por las uñas demasiado cortas para teclear la computadora, pero al fin hace un "¡humpff!" y se abre.

La película está bastante bien, aunque la etiqueta se ha ido borro-neando con el tiempo y casi no se lee. Pero dudo, esta vez a propósito. El tipo me mira. Le digo: "La macana es conseguir un proyector de Súper 8, hoy". La emoción me impide concretar el regateo: le pregunto a cuánto la tiene. "Para usted", me dice, "150 pesos." Bastante menos de 15 dólares. Los saco y recobro la película perdida.

La ilusión en sí es eso: un cortometraje. A diferencia de la que conté primero, todavía es remotamente posible. Va contra casi todo cálculo de posibilidades, pero esa chance en un millón podría darse mientras exista la Feria. A partir de ahí, seguiría un largometraje: viaje con la lata a Rosario, lo llamo a Luis Sienrra, que era el fotógrafo, le digo "la encontré", me pregunta qué, y le digo. Nos reímos a carcajadas y hacemos una cita para dos días después, así él encuentra uno de los viejos proyectores de Súper 8 ■

Buscá todas las revistas en Internet. Compralas en el kiosco.



Llegó www.learevistas.com. El mundo de las revistas argentinas al alcance del lector. Todos los títulos. Todos los temas. Todas las editoriales y el contacto directo con cada publicación. Ahora tus revistas favoritas están a sólo un click de distancia. Buscalas en Internet. Compralas en el kiosco. Así de fácil. Más rápido. Más eficiente. Más para los tiempos que corren.

ASOCIACION ARGENTINA DE EDITORES DE REVISTAS



Cuando yo era chica tenía la ilusión de que un día los problemas se acabarían: aquello que me daba angustia o miedo dejaría de atormentarme y yo por fin conseguiría no andar a contramano por la vida. Se trataba sin duda de una gran ilusión. Pero había también ilusiones más modestas, estadios vaporosos en los que aquello que debía ocurrir—o yo suponía que iba a ocurrir—estaba aún latente y entonces podía alcanzar el grado de lo perfecto. Debo hacer un esfuerzo para separar esos estadios de los juegos del pensamiento en los que, pongamos por caso, yo era una her-

ahora me ilusiono poco: tal vez fui aprendiendo a prever el futuro con cierto cálculo de error y hasta tuve la suerte, a veces, de que ciertas realidades estuvieran a la altura de mis ilusiones. París no fue inferior al sueño de París y las islas del Rosario no se diferenciaban mucho de esa islita del naufragio que yo había aprendido en las historietas.

Hasta la adolescencia, en cambio, las ilusiones eran de las pocas cosas—otra era la invención de historias, otra los razonamientos, otra los libros— que impedían que muriera de aburrimiento. Eran ilusiones que solían desembocar en una desilusión, y ahora que lo pienso, es ahí, en la desilusión, donde debe morir toda ilusión que se precie. Si acaba derrotada por la realidad que la generó no merece siquiera que se la recuerde.

Yo tuve ilusiones de naturaleza diversa: una vez, a los trece años, entré en un coro gracias a un enamorado que era violinista y, durante los dos o tres meses que me duraron el coro y el enamorado, me ilusioné con la suposición de que un día no muy lejano iba a cantar hermosamente. Era magnífico porque cantar siempre fue de las cosas que más me han gustado en el mundo. Sigo cantando, claro, sólo que tan mal como antes del violinista. Otra vez, a instancias de una amiga habilidosa, fui a aprender corte y confección.

Durante el mes en que soporté a la profesora y a sus moldes, me ilu-

el ESPEJO esmerilado

mosa niña agitanada capaz de ir sin ayuda de los Andes a los Apeninos u hoy encuentro en un taxi—el taximetrero es viejo y ni se percata— una razonable fortuna anónima que me salva y que, además, pertenecía a un ser siniestro de dinero malhabido a quien no me produce ninguna culpa esquilmar. Estos juegos pertenecen al puro territorio de la fantasía: una puede ir y volver de ellos sin atarse a plazos ni a circunstancias. Con las ilusiones pasa otra cosa. Su condición de existencia consiste en que una crea que un día van a ser una realidad. Será por eso que estoy buscándolas en mis primeros años: tengo la impresión de que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Liliana Heker** Escritora. Su último libro es "La crueldad de la vida"

FOTO **Fernando Gutiérrez**



sioné con la posibilidad de tener en el futuro —yo misma iba a hacérmelos— todos los vestidos que se me ocurrieran. Basta verme pegar un botón para entender en qué terminó esa ilusión.

Pero mis ilusiones más fuertes siempre estuvieron vinculadas a los espacios. Espacios que yo imaginaba espléndidos y cuya esperanza de habitarlos me anticipaba la dicha. Un día de diciembre de mis siete años me dijeron que dos meses después iríamos a la costa. Era mi primer viaje y era la primera vez que vería el mar. Durante sesenta días rodé por arenas ingravidas y doradas y fui alzada por olas de un azul imposible. La arena real resultó áspera y casi no se la veía debajo de la multitud que en ese verano del cincuenta y uno poblaban la Bristol; en cuanto al mar, su color no difería demasiado del del río y el tamaño de sus olas era imperceptible comparado con el de las mías. Más adelante, otros mares y este mismo mar nuestro en inviernos despoblados no desmerecieron mis sueños, pero ninguno alcanzó el esplendor del que, una madrugada, mientras esperábamos el auto que nos llevaría, yo sabía —o creía saber— que me aguardaba ahí nomás, al final del viaje.

Una ilusión tan intensa como la del mar fue la del primer departamento. Yo tenía cuatro años, una prehistoria en una pensión de Bahía Blanca y una historia —que en ese momento no me parecía bre-

ve— en la casa de mis abuelos y en la trastienda de un pequeño negocio. Al principio, cuando supe que mi padre había alquilado el departamento, todo consistió en soñar cómo sería vivir en una casa que por fin sería nuestra casa. Después se fueron agregando detalles. Ocurrió que el edificio aún estaba en construcción, y mi padre, cuando volvía de visitarlo, nos iba contando los progresos. Recién ahora reparo en que él debía pasar casi todos los días por el edi-

por los vidrios esmerilados de las ventanas. Tal vez los detalles eran imprecisos o yo, a los cuatro años, no los comprendía muy bien. Lo cierto es que, durante meses, me multipliqué en espejos enfrentados y fui esmerilada por la luz de las ventanas. No voy a abundar: sólo diré que en el hall había dos espejitos de morondanga que ni siquiera estaban enfrentados, y que una palabra tan hermosa como "esmerilado" apenas significaba que yo nunca más podría mi-

termina de armarse pero cuya urdimbre final yo conozco y en cuyo sueño de completud me refugio como dentro de un aura. Si alguna vez tengo el dinero suficiente (me digo) voy a voltear esa pared, voy a comprar aquel sillón, voy a hacer una estantería. Y esto me lleva a otra ilusión, con la que convivo, la ilusión de tener el dinero que me va a permitir no preocuparme nunca más por problemas de dinero. Y también me lleva a la expresión más perfecta

supuse entonces que, en algún día no muy lejano, iba a cantar hermosamente

ficio en construcción y también entiendo por qué mi madre, una y otra vez, le decía algo cuyo sentido se me escapaba. "Ay, Goyito (le decía), sos siempre el mismo iluso." Se lo decía porque mi padre, en cualquier circunstancia, intentaba convencerla de que pronto todo se iba a arreglar, pero también se lo decía por la manera en que nos iba contando los avances de la casa. Yo registraba el verde nilo de los pasillos, los grandes espejos del hall y, ya en nuestro departamento, la luz que entraba

rar hacia afuera. Supongo que a esa desilusión, a los vidrios opacos y a la falta de espacio, les debo el descubrimiento de los libros, los únicos capaces de rescatarme de la opresión de ese primer departamento. También les debo la obstinada pasión con que voy armando cada una de las sucesivas casas que es mi casa. Y ahora me doy cuenta de que cada una de ellas, también la amada casa de San Telmo en la que escribo estas palabras, es, más que ninguna otra cosa, una ilusión, algo que nunca

de esa ilusión: el juego de azar. Compro un billete de lotería, o apuesto a la quiniela un número que me persigue, o pongo una ficha en una casilla de la ruleta, y mientras llega el día del sorteo o la rueda gira yo vivo con la ilusión de que voy a ganar y entonces todos mis problemas van a resolverse. Con lo que vengo a descubrir que no soy tan distinta de la que fui y que, pese al aprendizaje de la realidad, sigo siendo tan ilusa como mi madre decía que era mi padre ■



MEGA *photo*

LABORATORIO FOTOGRAFICO PROFESIONAL

Jorge Newbery 3489
Capital Federal
Tel./Fax 4552-9489
www.megaphoto.8m.com

PROCESO E-6 Q-LAB

TESTEADO Y APROBADO POR KODAK ROCHESTER

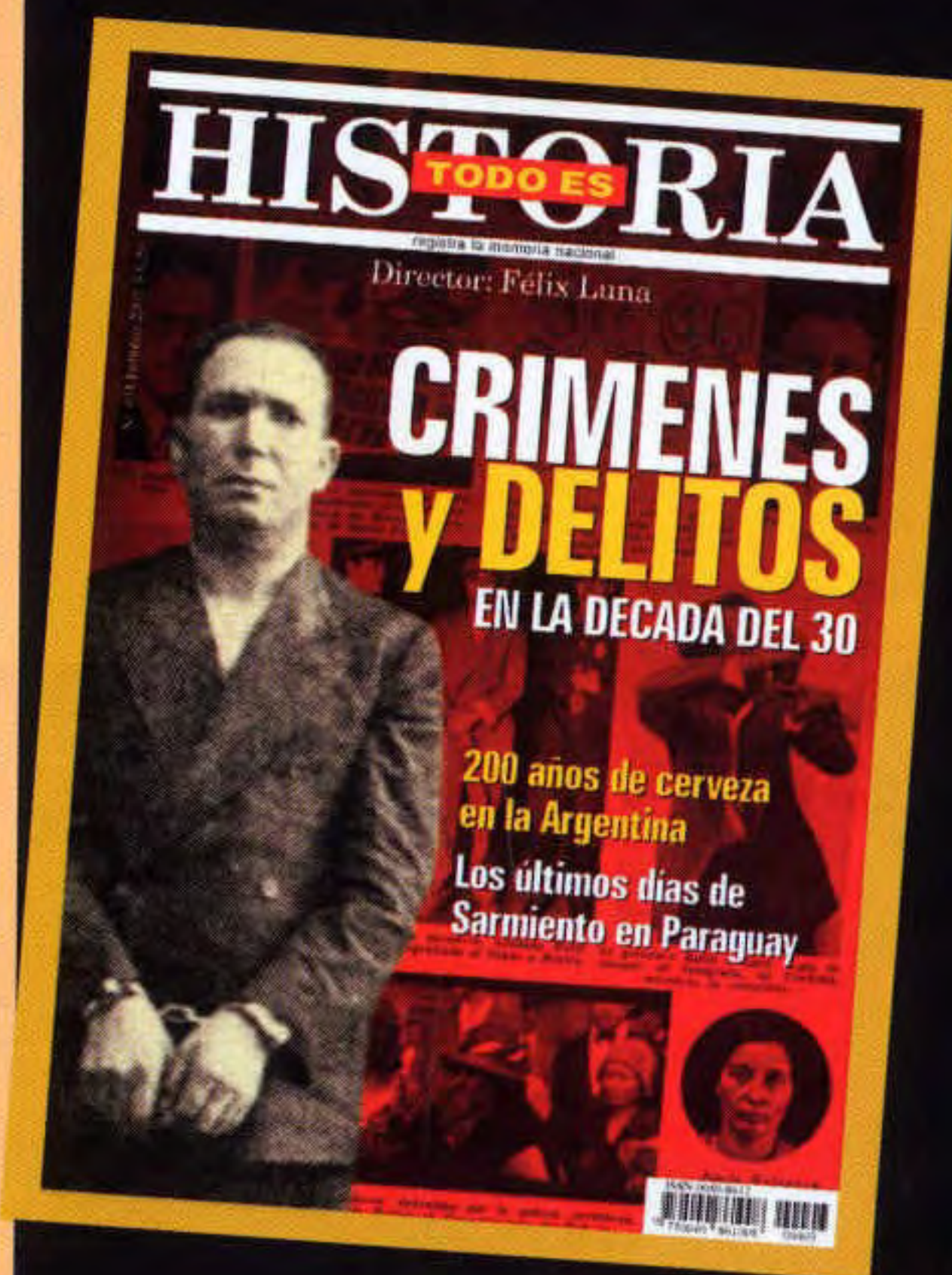
COPIAS AUTOMATICAS Y MANUALES. GIGANTOGRAFIAS. C-41. CONTACTO

más de 34 años registrando
la memoria nacional

HISTORIA

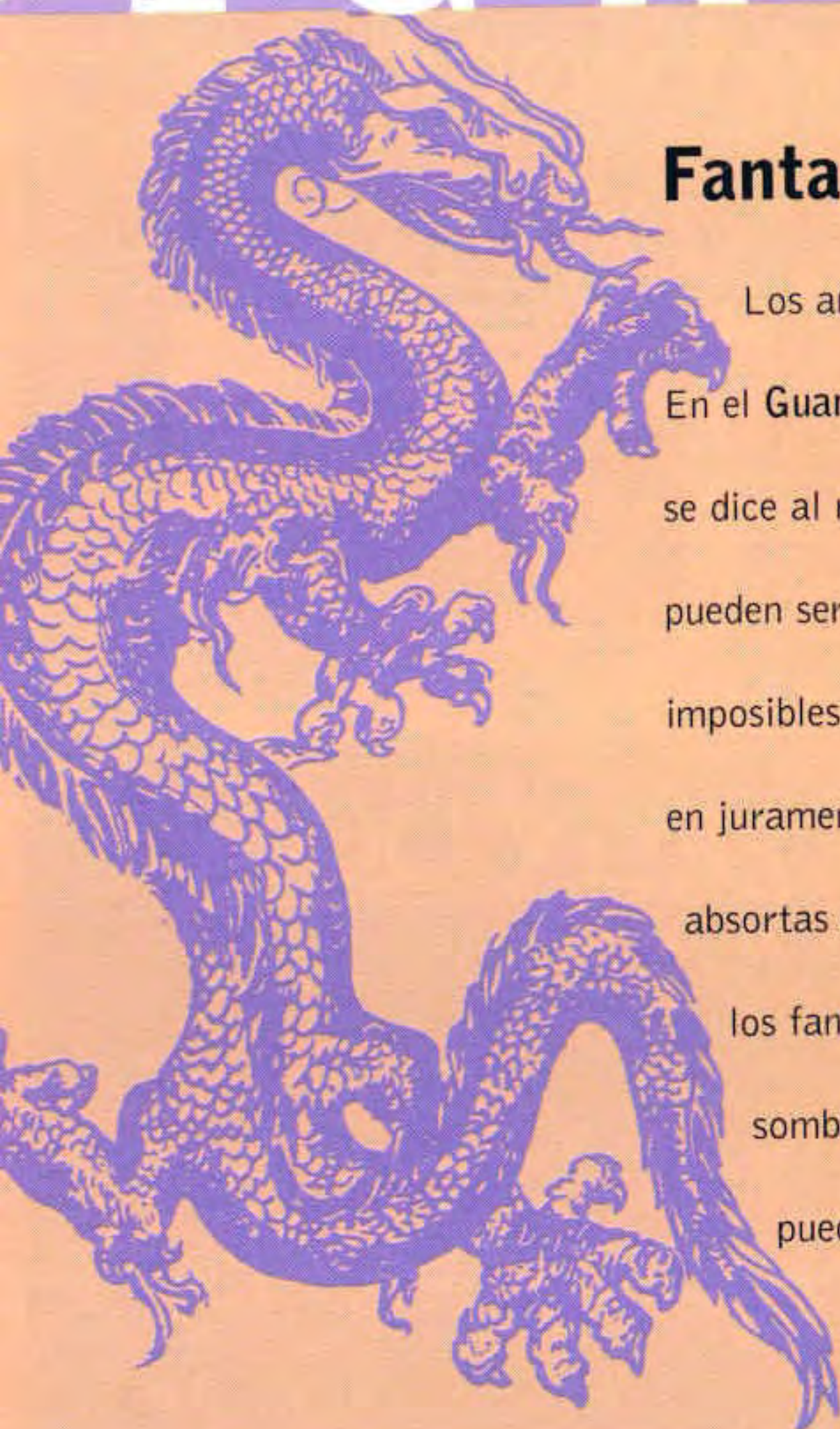
TODO ES

Dirigida por FELIX LUNA



**TODOS LOS MESES
EN SU KIOSCO**

DIGRESIONES



Fantasmas chinos

Los antiguos chinos veían la ilusión como una droga de efectos peligrosos. En el *Guan yin zi* —una obra escrita probablemente por un taoísta del siglo VIII— se dice al respecto lo siguiente: “Las mentes ocupadas en la fortuna y el infortunio pueden ser invadidas y controladas por demonios. Las mentes ocupadas en amores imposibles pueden ser atacadas por fantasmas lujuriosos. Las mentes ocupadas en juramentos y sueños pueden ser atacadas por fantasmas mágicos. Las mentes absortas en las drogas y en la comida tentadora pueden ser atacadas por los fantasmas de las cosas materiales. Esos fantasmas toman forma de sombras, viento o truenos. Sólo el sabio, que no se turba con turbias ilusiones, puede controlar el acoso de los espíritus volantes”.

Sentimental

Me pongo a escribir tu nombre
con letras de fideo.
En el plato la sopa se enfría y,
de brazos cruzados sobre la mesa,
todos contemplan el romántico trabajo.
Desgraciadamente falta una letra,
sólo una para terminar de escribir
tu nombre.
—¿Estás soñando?
¡Mirá que la sopa se enfría!
Yo estaba soñando...
Y existe en las conciencias
un gran cartel amarillo:
“En este país está prohibido soñar.”

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

por un minuto de vida breve

Los ilusos

La esperanza fracasa muchas veces.
El dolor jamás.
Por eso algunos creen
que más vale dolor conocido
que dolor por conocer.
Creen que la esperanza es ilusión.
Son los ilusos del dolor.

JUAN GELMAN

Abracadabra

Los magos siempre se especializaron en hacernos creer que todo, o casi, es posible. Desde sacar innumerables conejos blancos de una galera hasta cortar una mujer por la mitad sin hacerle daño. Así, mientras los miramos atentamente tratando de descubrir sus trucos, la línea que divide lo real de lo ficticio se torna difusa. Para quien le agrada explorar los secretos de esta profesión, aquí van unos datos que pueden servirle. Academia: Buenos Aires Mágico, en Av. de Mayo 1324, local 21; juegos para hacer magia desde \$ 15,90 hasta \$ 29,80, en Planeta Niño, Coronel Díaz 1599.



Reyes magos

Ante la noche mágica del 5 de enero no son pocos los niños que ensayan todo tipo de trampas

para poder pescar a los reyes magos in fraganti entre los zapatos.

Melchor, Gaspar y Baltazar —se sabe o se supone— no andan de casa en casa dejando regalos.

Y tampoco es seguro que esos hombres providenciales hayan sido reyes de verdad.

Si le interesa conocer algunas de las diferentes interpretaciones que circulan sobre el tema basta con conectarse a Internet

y entrar en http://www.ociototal.com/recopila2/r_aficiones/rmagos.html



Arte y deseo

“Todo arte es erótico”, dice Adolf Loos en su polémica obra **Ornamento y delito**. Instalados de lleno en el universo del ojalá, los mejores exponentes de la pintura erótica —Dalí, Picasso, Schieller, Wesselmann, Baltus y tantos otros— encuentran el verdadero corazón del hombre y la mujer en sus genitales respectivos. La creación del mundo se produce en esas zonas, generalmente veladas al público pero anheladas secretamente. Lo prohibido despierta en los artistas la ilusión de transgredir la norma una y otra vez. ¿Subliman su deseo en obra? ¿Eyaculan los hombres a través del pincel? Algo así ha hecho Courbet con su cuadro **El origen del mundo**. Ese eminente lugar situado entre los muslos es soñado, acariciado, inventando plásticamente como fuente eterna de deseo y embriaguez. Salvador Dalí aporta una nueva dimensión al tema postulando una fantasía que escape a toda censura. Max Ernst atraviesa los legendarios bosques de sus sueños, en los que la mujer deseada se oculta como una bella durmiente. Todos buscan la fusión total —amor loco, pasión, entrega total y absoluta—; pero saben, en el fondo, que eso es imposible. Las obras de Egon Schiele y Otto Dix, por ejemplo, componen imágenes de la soledad del hombre y la mujer, la soledad de los sexos que se encuentran, se aniquilan y “mueren” de goce hasta la próxima batalla.

única de ojos abiertos

DI FIANORA PITARNIK

El loco de los médanos

Todo el mundo lo conoció como el viejo Gesell. Carlos Idaho Gesell (1891–1979) soñó alguna vez con levantar una ciudad balnearia en un lugar apenas habitado por el mar, las gaviotas y los médanos. Su ilusión se volvió cierta cuando logró fijar la arena con pinos y vencer la chatura de los burócratas, lo cual es mucho más difícil que detener al desierto.

“En mi mente retumbaban las voces de los que me vaticinaron el más rotundo de los fracasos —escribió en 1934—.

La idea que surcó mi alma como un relámpago me sobresaltaba aún más. ¿Habré perdido la razón?”

No, no perdió la razón. La costa estéril de médanos voladores se convirtió, finalmente, en una floreciente ciudad. Lástima que ahora, en temporada, ni siquiera se pueda caminar de noche por la avenida 3.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Un baúl lleno de gente

El poeta portugués Fernando Pessoa (1888-1935) vivió, como muchos de nosotros, dos vidas a la vez. Una estuvo hecha de ofici-



na, calles y pensión. La otra, de ilusiones. La vida, una sola, no le bastaba. Entonces se repartió en más de sesenta máscaras de sí mismo —heterónimos, las denominó— de todas

las cuales quedaron sobre todo las de Alvaro de Campos, Alberto Caeiro, Ricardo Reis y el propio Pessoa. De todo esto habla *Un baúl lleno de gente*, el libro que Antonio Tabucchi escribió en homenaje al autor de *Tabaquería*. Dice el italiano que Pessoa construyó un mundo dentro del mundo y que se multiplicó tanto para hacerse menos invisible. El empleado gris que subsiste traduciendo cartas comerciales guarda una carta luminosa que lo redime.

La voz del viento

A veces un barco basta. El escritor puntano Eduardo Belgrano Rawson lo sabe y, desde su inveterado amor por la navegación, construye



este relato de mares y sueños. En la mejor tradición literaria de Robinson Crusoe y Julio Verne, el autor de *Fuegia* alcanza momentos de alto lirismo en *El naufragio de las estrellas*. El libro, escrito en 1979, fue recientemente reeditado por Planeta. La oportunidad es propicia, entonces, para encontrarse nuevamente con el ventoso escenario del Cabo de Hornos, ilusión de grandes aventureros de todos los tiempos. La travesía se convierte esta vez en un pasaje casi existencial. ¿Hacia dónde? Hacia "un mar humeante, un cielo sin sol y un viento maullador que ninguno de nosotros ha oído jamás".

Sueño realizado

Un motociclista es alcanzado por un chico en bicicleta y un hombre maduro se reencuentra con su amor adolescente —cuándo no— para



llevar adelante eso que dejaron pendiente desde siempre. Es la historia que se cuenta en *Un sueño realizado*, una singular novela de César Aira. El texto, muy bien compuesto, sacude las convicciones que habitualmente se tienen acerca de lo real. Ensayo, al mismo tiempo, una comparación con el mundo de los sueños inocentes, ingenuos, decididamente leves. Deja claro, también, que por más que algo se desee mucho —y aun haciendo lo necesario para alcanzarlo— no siempre sale tal como lo imaginamos. ¿Siempre ha de ser así? Aira parece ofrecer un abanico muy amplio de posibilidades.

El hombre, en su orgullo, creó
a Dios a su imagen y semejanza

NIETZSCHE

Pez volador

Un año más y el pescado sigue sin vender. Nos queda el pez vivo, el pez rojo, el pez volador. Volamos por el cielo como gaviotas que sueñan con dejar alguna vez de dar vueltas en torno al pez imaginario. Soñamos siempre con estar en otra parte, tocar el cielo, subir por escaleras imposibles. Nos alimentamos de ilusiones como gaviotas cegadas por el espejismo. Pero en el 2002 seguro vamos a cambiar. Cada vez más desnudos y ardientes, cada vez más cerca de aquí y de los que amamos, haciendo barricadas de humo en la calle ciega. El año que viene a esta misma hora vamos a comer por fin la manzana deliciosa que imaginamos. Seremos, allá arriba y dando vueltas, locas gaviotas que giran en torno al pez imaginario. O nos convertiremos, tal vez, en el pez volador que avista, desde el aire, la gaviota sumergida.

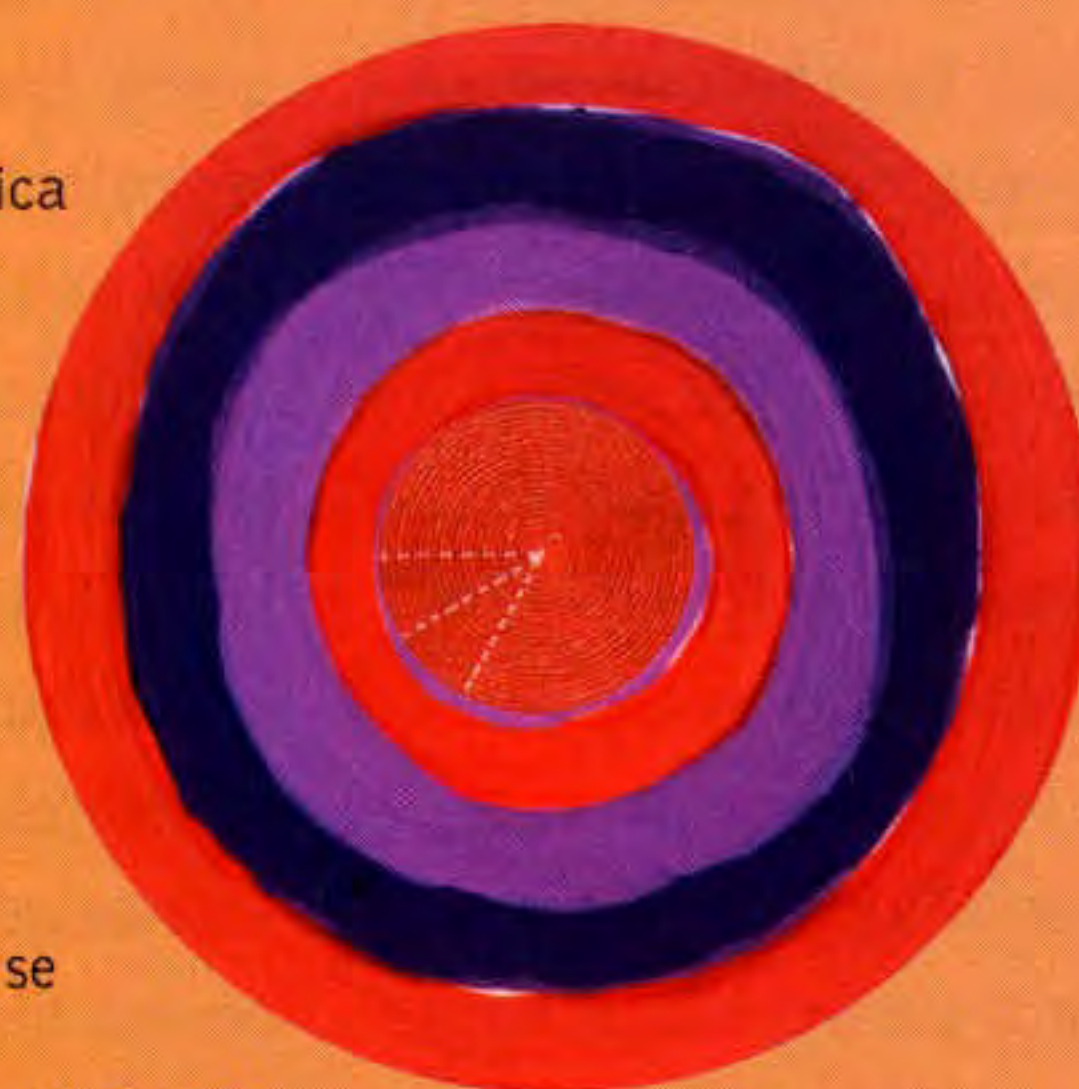


Nostalgia del presente

En aquel preciso momento el hombre se dijo: qué no daría yo por la dicha de estar a tu lado en Islandia bajo el gran día inmóvil y de compartir el ahora como se comparte la música o el sabor de una fruta. En aquel preciso momento el hombre estaba junto a ella en Islandia.

Ópticas

Ilusiones hay de diversos tipos. Pero en esta era tecnológica la que está más en auge es la ilusión óptica. Se han creado ya –al margen de los que existen naturalmente en los desiertos, las rutas y la mente– todo tipo de gráficos para computadoras que nos hacen creer que vemos algo que en realidad no está. La propia mano que se agranda y se achica, confusiones entre cisnes y elefantes o imágenes



que vibran sin vibrar. Son sólo algunos ejemplos de lo que puede verse en esta página, y en nuestro cerebro, a un mismo tiempo. www.ilusionoptica.com

Todo es ilusión, menos el poder.

LENIN

La quimera del oro

Esta comedia clásica de Charles Chaplin (*The Gold Rush*, 1925) es, en realidad, una aguda sátira sobre las ambiciones desmedidas. La excusa esta vez es la fiebre del oro del siglo XIX. La ilusión de hacerse ricos en pocos instantes empuja a los hombres a hacer cosas muy absurdas –como las que hicieron los españoles buscando el mítico El Dorado– que, a veces, se vuelven contra ellos mismos. Chaplin, un humanista genial, se vale de una simple anécdota para disparar sus dardos críticos, certeros y siempre llenos de gracia.

La desilusión

Como monedas
tintineó su tema
la desilusión.
Con boca roja
y grandes mamas flojas
la desilusión.
Fumando rubios
y exhalando alcohol,
bordado el dueño de la cama
en la ropa interior.

Qué delirio en interrogación,
qué suicidio en investigación:
brillante exposición de modas
la desilusión.

Abrió un negocio,
reanimando el ocio,
la desilusión.

Como turismo
inventó el abismo
la desilusión.

Tocó el diamante
y lo volvió carbón,
y al atorrante
lo sembró en la administración.

SILVIO RODRÍGUEZ, DEL DISCO "SILVIO"

Arquitectura

Con la paciencia y la precisión de un arquitecto, Diego Vainer primero piensa, luego junta los materiales en su disco rígido y recién después, paso a paso, conjuga y yuxtapone sonidos y texturas para existir. Fantasías Animadas (tal el seudónimo) fue construyendo desde el silencio su tercera placa. Se la escucha limpia y, como las ilusiones, nos permite creer que aún hay cosas que valen la pena. www.fragildiscos.com

Una adicta

Les confieso que soy una adicta a Latido. Desde que tuve la suerte de que cayera en mis manos un ejemplar de esta revista maravillosa, no puedo dejar de leerlos. Me siento muy identificada con los temas abordados y me encanta la forma en que lo hacen. Aprovecho este mensaje para sugerirles que alguna vez dediquen un número al divorcio y a las familias ensambladas. Otro tema interesante es la adolescencia, así, en general, o los adolescentes. Les agradezco por darme la posibilidad, en medio de tanto desencanto colectivo, de poder encontrar un lugar donde disfrutar de una publicación de la calidad de Latido.

Un abrazo

MARINA BARRACOSA

marinabarracosa@hotmail.com

La culpa

Por fin me he decidido a escribirles. En realidad será muy breve. Soy una asidua lectora de la revista desde hace un año y medio, y por lo tanto me gustaría sugerirles un tema, el cual surgió de varias conversaciones con amigos a los que les recomendé la revista. A ellos y a mí nos gustaría que trataran el tema de la culpa, de todo aquello que tiene que ver con los agentes culpógenos, los mandatos, nuestros arrepentimientos (o no tanto) y nuestro "hacernos cargo patológicamente" de las cosas. Les agradecería, dentro de lo posible, que tuvieran en cuenta la idea. Tenía en mente sugerirlo hace tiempo y ya me estaba sintiendo un poco culpable por no cumplir con mi cometido...

Helen Iris Turpaud

leni_rishe@yahoo.com

Elogio

Conocí Latido hace poco. Me quedé leyendo con interés el artículo de Leila Guerriero. Pero no sólo ese. Me fascinó la forma de narrar, el ritmo, las imágenes, el estilo de todos los artículos de la revista. Leí también los números siguientes y no me defraudaron. Sé que el formato de la revista fue cambiando y algunos lectores se quejaron del cambio; sin embargo pude conseguir casi todos los números anteriores y mi opinión es que han ido mejorando cada vez más. Y que las ediciones actuales son tan o más interesantes que las primeras.

NICANOR MEABE

.Asre4@starmedia.com

Aceptar al otro

Muy a menudo encuentro cartas de lectores defraudados, desilusionados por una nota, o por el tema de un número. Es como si dijeran: quiero un referente que hable como yo, que piense como yo, que diga lo que yo quiero decir. Por mi parte les digo: ustedes son míos, son mis ídolos. Y yo: su fan. No me pierdo nada; los comento, hasta les hago publicidad. Parafraseo las notas de Latido, tal vez para darle peso a mi opinión, o para mostrar que no solamente yo pienso así. Es como un enamoramiento. Pero claro, un día salió tal o cual nota, o escribieron sobre tal o cual tema, y ya no eran lo que yo creía, no resultó ser lo que parecía. Entonces cambio y digo: me han engañado, ya no estoy de acuerdo, los pondré a prueba; hablan de lo que yo no quiero, opinan lo que yo no opino. Y, como consecuencia del cambio, anuncio que no los voy a leer más, que se pasaron a la otra vereda, que se convir-

Suscribite a LATIDO y recibí de regalo 2 ejemplares a tu elección

☐ N°3 ☐ N°5 ☐ N°6 ☐ N°7 ☐ N°8 ☐ N°9 ☐ N°10 ☐ N°11 ☐ N°12 ☐ N°13 ☐ N°14 ☐ N°15 ☐ N°16 ☐ N°17 ☐ N°18 ☐ N°19 ☐ N°20 ☐ N°21 ☐ N°22

☐ N°23 ☐ N°24 ☐ N°25 ☐ N°26 ☐ N°27 ☐ N°28 ☐ N°29

Un año (12 números)

Argentina \$ 54.-

Uruguay, Brasil, Paraguay,

Bolivia y Chile \$ 75.-

Resto de América \$ 84.-

Resto del mundo \$ 88.-

Formas de pago:

- Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.
- Débito en mi tarjeta Visa ☐ Mastercard ☐

N°.....

VencimientoCód. seg.

Nombre:

Dirección completa:

Documento:

Ciudad:

País:

Tel:

E-mail:

Envía este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - F. Acuña de Figueroa 459 C1180AAG Buenos Aires

Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4866-1881

Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:

1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.

Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4866-1881 o a través de latido@giga.com.ar



Mujeres

tieron en mis enemigos. Pasaron entonces a ser extranjeros, distintos, banales, amarillos, interesados, parciales. Hablaré mal de ustedes, no los recomendaré, los defenestraré, ufa. Creo que estas cosas pasan por tantos años de no te metas, no opines, no pienses. Admito que resulta muy difícil comprender, aceptar la diferencia, vivir en serio eso que llamamos libertad. Lo difícil, en realidad, es aceptar al otro tal como es y, sin quererlo cambiar, admitirlo con su opinión, su forma de ser. No me extraña que pasen estas cosas. El fanatismo, el fundamentalismo, la intolerancia, la no aceptación, todo es resultado de lo mismo. Sigán siendo libres, independientes, auténticos. Opinen, por favor. Estaré o no de acuerdo, pero los aceptaré igual. Incluso propongo como tema para la revista la simple idea de aceptar al otro.

ALDO GERMÁN BOCHO

aldusgb@hotmail.com

Deseo expresar mi coincidencia con una carta publicada en Latido de setiembre firmada por Ana Guerra. La carta se refiere a un artículo de Leila Guerriero sobre el tema hombre-mujer. Soy lectora de la revista, tengo 77 años y pienso que, quizás, los conceptos vertidos por Guerriero expresan sobre todo sus experiencias personales, o tal vez sus contactos con mujeres sujetas a principios culturales que en mi opinión ya fueron superados. Desconozco otros trabajos de esta periodista, pero por lo que se lee en su nota tengo la impresión de que Leila no se conectó con mujeres plenamente integradas a la vida personal y social del país. En el artículo menciona también el caso de una amiga mayor, la cual, entre otros temas, le habría explicado los rudimentos del sexo.

Al parecer esa mujer tenía cuatro hijos y, luego de mudarse con su familia a una casa ubicada en un pequeño pueblo, se mató. Supongo que Leila no estaba en condiciones ideales de conocer las causas de la muerte de su amiga: ¿lo habrá hecho por aburrimiento?, ¿por leer *Para ti* en la sala de espera del ginecólogo?, ¿porque no funcionó la fórmula perfecta de la felicidad, incluyendo hijos, marido, casa con césped y demás? Quizá, si la autora profundizara en su conocimiento sobre las mujeres, sobre sus vidas, sus ansiedades, sus sufrimientos, sus luchas, a lo mejor podría identificarse de manera más cercana a sí misma y a la mayoría de las mujeres que ella, desde su mundo ciertamente limitado, no alcanza a conocer.

LÍA ETLIS

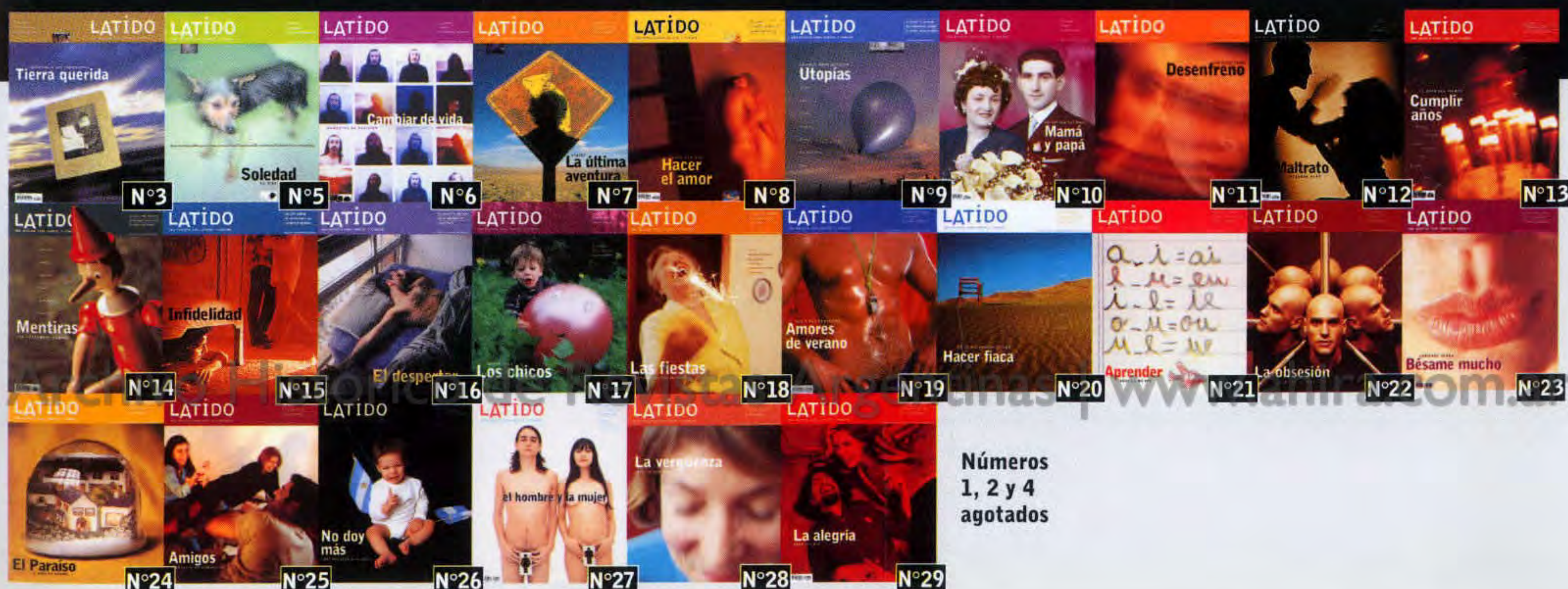
letlis@hotmail.com

Todo un tema

Primero quiero decirles que leo Latido desde el primer número. En segundo lugar los quiero felicitar porque me parece muy prolijo el trabajo que ustedes hacen para que la revista pueda hacer latir mi corazón mes a mes. Y por último me gustaría que alguna vez toquen el tema de... la muerte (¡todo un tema!). Pienso por ejemplo en la pérdida de un hijo o en la muerte de un amigo. ¿No les parece buena idea?

ANDREA GUGLIELMELLI

andypoint@hotmail.com



Números
1, 2 y 4
agotados



IGNACIO XURXO NO POR AZAR EL

PRESENTE RELATO FORMA PARTE

DE LA ANTOLOGÍA DENOMINADA

"LOS GRANDES CUENTOS DEL

SIGLO XX" (1979, MÉXICO) JUNTO

A TEXTOS DE BORGES, CORTÁZAR

Y OTROS GRANDES. LA INCLUSIÓN

NO FUE ERRADA, YA QUE SE TRATA

DE UNA PIEZA NOTABLE POR

DONDE SE LA MIRE. XURXO NACIÓ

EN BUENOS AIRES EN 1930 Y SE

HA DESTACADO POR SU MEDITADA

LABOR PERIODÍSTICA Y POR UNA

PRODUCCIÓN LITERARIA DE

CALIDAD, NO SIEMPRE RECONOCI-

DA COMO ES DEBIDO. DUEÑO DE

UN ESTILO SINGULAR —CONCISO,

COLOQUIAL, DENSO Y HUMORÍSTI-

CO A LA VEZ—, XURXO ESCAPA A

LOS ENCASILLAMIENTOS. EL LIBRO

"TAHITÍ Y OTROS CUENTOS"

—PUBLICADO POR ATRIL— RESCATA

OPORTUNAMENTE LA CUIDADA

PROSA DE ESTE AUTOR, EN CUYOS

RELATOS, A VECES DESOLADOS,

ASOMA CON FRECUENCIA LA LUZ

DE UNA ÍNTIMA ESPERANZA.

TAHITÍ

LA TRAMPERA FUNCIONABA EN LO DE FRED. Aquella noche era el último round del match para que Matías le trabajara a Goldvogel su cuenta de publicidad. Yo, entregador al cinco por ciento del medio millón de dólares anual. Fácil para el director de compras de la Introdutora. En una época me daba asco. En otro tiempo también escribí sonetos. Pero allí, el trabajo de equipo. Clara, desde la mesa de canasta al otro lado del salón, me sonreía. Mueca, claro. A ella la matan esas reuniones y los peinados de repostería. Pero la mujer de un ejecutivo, que le dicen ahora, sabe sacrificarse y hasta dejarle los pozos a la gorda del candidato. Lo malo es que la gente cree que el asunto es difícil pero limpio. Y es justo al revés. Lo que ven son las oficinas alfombradas y las computadoras relucientes. Y sobre todo la recompensa: un hueso grandote con forma de palo de golf y envuelto en corbatas de seda italiana. Pero qué de concesiones, cuánto claudicar de la alegría, del sentido del humor. Fred contaba el cuento ese de la azafata que yo había oído ya tres veces. Pero sonría, joven, sonría siempre. Aunque los de arriba tiren con las dos manos y sin darse vuelta. Adelante que hay lugar pero no encimen. Y los de abajo tengan un estilete calzado en cada falange. Yo a los cuarenta y tres años ya era una cruz de Billy the Kid con asesino florentino. Pero qué imagen incólume. Sólido, seguro de las reglas del juego: dos whiskies sí, tres no. El ingenio es sospechoso. Simplemente sonría, joven, sonría. Blefee con cara de santo y, sobre todo, aguante. Como yo ahí, mientras Goldvogel se floreaba contando no sé qué hazaña en un fourball. Me lo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

paso por las Dunlop, pensé. Pero dije: tenés un juego largo fenomenal, Hans. No hacía falta, ya estaba dulce, dulce. Cuando el tipo sacó el tema de sus coronarias, Matías, como una luz, advirtió el peligro. Lo dejó ir el tiempo justo de la cortesía. Enseguida enganchó una picardía sobre mujeres y de nuevo lo teníamos confiado, optimista, cliente. Pero creo que fue por ahí cuando Fred dijo no sé qué cosa sobre Tahití. La palabra quedó dándome vueltas en la cabeza como disco rayado. Me serví otro whisky, el tercero. Pero dale con la palabrita y toda la pinturería. Y acordarme de la agenda del lunes, de mis hijos llenos de clase y de indiferencia. Tahití. De mi cuñado vago y de mis suegros quejosos. De mi madre hipocondríaca. Tahití. De la cicatriz de quemadura en el cuello de Clara. La estufa a kerosene, la pobreza. Pero Tahití. María Lía con el sari que le compré en Londres, haciendo un moroso strip tease. Tahití. El espante, tango de Fresedo o de quién. Y la acidez, y el asco. Y esos tipos ahí, diciendo las mismas previsibles gansadas de siempre. Rufianes. No, cazadores de pajaritos con trampera. Cazadores trampeados. Trampeadores cazados. Cuando me di cuenta de que estaba fuera del asunto, salí caminando para el baño con la sonrisa puesta. Cerré la puerta y apoyé las manos en la mesada del lavatorio. Plástico marmolado. Grupo del Este, buena imitación. Miré al tipo del espejo: cara lisita, masajeadá, nostálgica de barba. Le dije: "veinte años es demasiado, carajo". Y asintió, mientras una angustia vieja se me apretaba en la faringe. Dejé caer la cabeza y cuando la levanté: "Tahití". El espejo me



devolvió una cara que sonreía con naturalidad por primera vez en mucho tiempo, completamente de acuerdo.

No fue tan fácil como pensarlo. Sondeé a mi analista pero él no lo veía. Mi Edipo no elaborado y sobre todo pierdo el paciente. Además no era para creermelo. Fugarme yo, jefe de familia occidental y algo cristiana. Y padre macanudo. Para ser padre macanudo basta con no escandalizarse. Te bocharon, bueno. Auto, lleválo. Y aceptar unas relaciones sin ternura, crudamente utilitarias. Ropa buena, colegios caros, madrugadas en vela de Clarita. Quién dijo que a esta generación no hay que esperarla. Yo pivote, abastecedor, decididor, también para parientes



tes con furcio y bombilla en la boca. Qué poco te vemos, claro, no tenés tiempo. Y ya que estás. Yo financista, asesor, víctima sabihonda y providencial. Y sobre todo Clara, pobre. Después de los años de Barracas, de colectivos, sarampiones y feria de Iriarte. Nunca se acostumbró del todo a los decoradores, las mucamas y los horripilantes téis canasta. Siglas de pretexto, Cortázar y la Callas, Borges y Jacqueline of course, la Bullrich y Delon, con aroma de per-

fumes caros encubriendo piadosamente las penúltimas reglas. Clara empeñando el cintillo el veintitrés o el veinticuatro para arrimar unos billetes secretos y aguantándome de abajo en la trepada. Aquella languidez del amor después de cada despertar y del estómago tras las cenas de los fines de mes. Clara clase media, luchando contra los services de veinte clases y las santiagueñas inexorablemente embarazadas. Clara refugio simple, seguro. Y ahora cubierta de cicatrices como yo. No sólo la quemadura, várices además. Al menos mi marca estaba escondida en el

duodeno. De mi etapa de jefe: úlcera en supervisión, infarto en dirección. También son reglas. Pero Clara con las canas bien teñidas. Mi calvicie, sus tics, mis píldoras de tres clases. Clara compañera, defraudada como yo, derrumbándose después del hastío activo del día, sin fuerzas para los masajes de belleza. Clara buena chica, con sus camisones pretendidamente sexies, sin sospechar de mis ideas de fuga ni de mi infidelidad, muriéndose solamente hasta el otro día, pero tan herida y útil como el sargento Cabral.

Cuando uno tiene ya el segundo auto y el barquito, no escriturar la amante es simplemente desdoroso. Hasta allí basta con las aventuritas, pero después no: el departamentito de la calle Pavón y María Lía. Y esos crepúsculos que sucedían afuera, rebotando con sus cantos de pájaros contra las ventanas cerradas y la rejilla del acondicionador. Y el estéreo japonés sahumando la misma música que escuchaban mis hijos. Adherirse a una piel suave, ile-
sa, de veintidós años y recitar a Lorca en los intervalos. Descubrir que puede todavía haber intervalos en un breve anochecer. María Lía, loca mía, con mis pantalones que le quedaban infinitamente grandes y fabricándose un sostén con mi cinturón. Y redescubrir que a esa edad y a esas horas una mujer no usa cold cream ni camisón. Y sus manos de ceramista, y sus labios errabundos, mágicos, de Yocasta indispensable para su bebé sin relax. María Lía tapándome en el suelo con el quillango y cantando Mary has a little lamb. Criatura mía. Y ese cenicero que me obligó a jurar que iba a poner en mi mesa de luz. Regalo de un proveedor, Clara. Y esa alegría chiquita que yo traía los lunes y jueves al volver más tarde a casa. Regalo de María Lía, Clara.

Cuando se lo conté, ella ya había olfateado el Arpège y la

infamia. Me sorprendió su serenidad, su comprensión inclusive. La conversación fue larguísima, el balance exacto, doloroso. No quedaba salida, y Clara, me lo demostró, era una mujer fuerte. Para qué esperar, después de ese día comencé a acelerar mis planes de fuga.

Hice las ventas con la mayor reserva, desde luego. La cara que iban a poner en la Introdutora cuando supieran que mi diez por ciento había ido a parar a manos de la competencia. La casa de Punta, el departamento del Country, los fondos de Montevideo, todo fue pronto un montón de dólares crocantes y anónimos en mi caja del Londres. Dejé lo suficiente a nombre de mis hijos como para garantizar la continuidad de su mala educación. Quedaban además las pólizas americanas, muchos dólares a cobrar con sólo certificar mi desaparición. Todo previsto, todo en orden, empecé a permitirme en la Empresa hasta la ironía. El día calculado, en una reunión de Junta, propuse un aumento del treinta por ciento para el personal de fábricas, argumenté, cité las Encíclicas. Las toses, los carraspeos, las miradas desconcertadas de mis pares, me alentaron al remate. Pedí licencia por un mes y no me hizo falta alegar razones de salud. Cuando dije que iba a Suiza, el esquema fue tan lógico que los tranquilizó: neurosis de guerra.

Salí de la Casa Matriz a una hora insólita: a las cinco, a las cinco de la tarde, ejecutivo herido pero no de stress, de muerte. Y también, renacido toro victorioso, con los pitones condecorados por mi vieja sangre inservible. Toro verde, y matador, y pescador de perlas, y Sandokán erótico rumbo a la arena y al sol definitivos.

Los detalles estaban previstos como un camino crítico, con el mejor sello de mi método y mi perseverancia. La empresa tomó, como era habitual, mi pasaje. A Zurich, claro. Pero allí se perderían mis rastros. Nada es imposible

con dinero y Pablo Gau era un hermoso nombre, una piel nueva para tostar al sur de Tahití, para siempre. Ella, el sostén de mi Edipo, saldría para Lima unos días antes en una excursión, con el pretexto de Machu Picchu, pero se esfumaría rumbo a San Francisco. De allí, borrada también de la memoria de sus familiares, sería por unos dólares más la madame Gau del otro pasaporte.

No, no falló. Es cuestión de planear bien y de tener coraje. Ya no hace falta que me proponga sonreír. Ahora la sonrisa me llena la cara, con toda la barba de veinte días haciéndole marco. Porque la veo y ella me reconoce. Asomado a la barandilla del barco, la distingo entre toda esa gente apiñada en el muelle de Papeete. Está allí, con el pelo revuelto por la brisa y la mano en alto, saludándome. Bajo por la planchada y una nativa en sarong me detiene, me besa en la mejilla y me coloca un gran collar de flores multicolores. Bonita ella, seguramente, y las flores, pero casi ni me doy cuenta. Porque voy hacia la flamante madame Gau y la abrazo levantándola del suelo, giro con ella borracho de alegría y de libertad y, cuando la aquieto frente a mí, le tomo las sienes entre mis manos. Sólo después de beber un momento su mirada serena, le doy un leve, dulcísimo primer beso. En el cuello, justo donde el sol ha avivado en pocos días el rosado de una quemadura muy vieja, muy nuestra.



ILUSTRACIONES DÉBORAH PRAGIER

“Tenía, creo, unos dos meses. Ya era un gran bebé, pero muy chiquito. Le dije: “¿El bebi?”, con la última sílaba en un tono bastante más agudo, y él respondió con una sonrisa. Con esa boca grande, rosa y desdentada, Vito determinó que eso era nuestro juego”

“Podría sintetizarse con un “No sé por qué pero me opongo”. Es el juego más refinado de todos los que he practicado. Y resolví profundizarlo hasta límites insospechados”

“Nací el mismo año que Barbie. Ella se ve más joven que yo. Tampoco soy ni tan linda ni tan rubia, aunque las dos compartimos el signo del chanco en el horóscopo chino”

Jugar

Enero es un mes travieso: uno suele hacer esas pequeñas locuras que

condena al encierro durante el resto del año. Y entre ellas figuran las ganas de jugar, así, porque sí, sin razón. Los grandes y los chicos. A las cartas, a la pelota, en la playa, en la pileta olímpica, en la pelopincho o hasta con una manguera. De eso vamos a hablar en nuestro próximo número, de lo que el juego significa

LATIDO

en la vida de una persona a través de sus diferentes etapas. Habrá

recuerdos de la niñez, aventuras y diabluras de la adolescencia y –también– las triquiñuelas que derivan en la risa contagiosa de los adultos. Como siempre, nuestras tradicionales secciones fijas y un relato de ficción. Latido de enero: no es un juego, pero te vas a divertir.

**LOTERÍA NACIONAL DESTINA LOS FONDOS
RECAUDADOS AL MINISTERIO
DE DESARROLLO SOCIAL
Y MEDIO AMBIENTE, QUIEN AYUDA
A LOS MÁS NECESITADOS.**

**Lotería Nacional es la primera Lotería en América en recibir de IRAM
el certificado ISO 9002 de su sistema de aseguramiento de la calidad.**



Loto



**USTED JUEGA.
NOSOTROS NO.**

ABSOLUT DUBLIN.

ABSOLUT COUNTRY OF SWEDEN VODKA & LOGO, ABSOLUT, ABSOLUT BOTTLE DESIGN AND ABSOLUT CALLIGRAPHY ARE TRADEMARKS OWNED BY V&S VIN & SPIRIT AB. © 2001 V&S VIN & SPIRIT AB. WWW.ABSOLUT.COM. IMPORTADO POR MAXXIUM ARGENTINA. BEBER CON MODERACIÓN. PROHIBIDA SU VENTA A MENORES DE 18 AÑOS.